SUMARIO

ESTUDIOS

- **Hacerse carne con la vida del pueblo.**
  José Rodier Malheux — 629
- **Profetas de un mundo nuevo.**
  L. Romero, J.M. Vaquero, J.M. Pérez Sevilla — 643
- **Celebrar la presencia de Dios en la vida.**
  A.M. Ruiz Pérez, B. Sánchez Doménech, L. Herrero — 657
- **La comunión eclesial.**
  José María Avendaño Perea — 669

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **«Fe y Alegría». Las claves de una experiencia exitosa.**
  Joseba Lazcano — 685

LAS BIENAVENTURANZAS

- **7. ¡Dichosos los constructores de la paz!**
  Juan Manuel Martín Moreno, sj — 691

LOS LIBROS

- **Recensiones** — 701

PRESENTACIÓN

IGLESIA QUE NACE EN LOS BARRIOS Y DA VIDA AL PUEBLO

Durante el postconcilio, muchos expertos en temas de Iglesia pronosticaron el fin de la parroquia, como herencia del mundo rural que emigraba masivamente a las grandes ciudades. Como alternativa, se confiaba en las comunidades de base, movimientos especializados, nuevos movimientos eclesiales.

El paso del tiempo ha ido purificando los diversos caminos y también la configuración de las parroquias en las ciudades. Una clave de su permanencia ha sido la *encarnación en los nuevos barrios* que fueron surgiendo y la capacidad de la organización parroquial para adaptarse a las nuevas necesidades de los convecinos.

En múltiples barrios de las grandes ciudades, la parroquia nació al tiempo que el barrio, con una extrema penuria de medios materiales, suplida por el entusiasmo de un primer núcleo de algunos sacerdotes, religiosos y laicos que se reunían en pequeños locales prestados, en rincones de plazas, en casas de vecinos; ellos fueron el fermento de primeros encuentros entre los convecinos recién llegados y despertadores de iniciativas comunes para abordar los problemas comunitarios más urgentes.

Desde esta inspiración surgieron y se fueron asentando toda una serie de parroquias que nacieron y crecieron con los barrios y se convirtieron en núcleo de inserción y promoción vecinal y, a la vez, en encarnación de la presencia cristiana a ras de suelo, con un estilo sencillo y acogedor. Así hacen resonar la buena noticia del evangelio y recrean una red de esperanza entre las gentes más diversas.

Aún hoy, la parroquia de barrio, con su puerta abierta a pie de calle durante varias horas al día, ofrece un rincón de acogida para muchos en un momento de necesidad y de búsqueda. Así lo explicita este testimonio de una neo-conversa que ha hecho un largo proceso de rein-

corporación a la vida eclesial desde este primer contacto inicial: *«Tras el dolor que me produjo la muerte de mi madre, una necesidad imperiosa me empujó a refugiarme en busca de un consuelo para mi pena. Hoy estoy segura de que el Señor aprovechó el momento y me condujo hasta la iglesia del barrio. No sabía rezar y lloré amargamente al no recordar el "Padre Nuestro". Dos meses más tarde, pedí una Misa por mi madre. Me impactaron las palabras del párroco en su homilía. Eran las palabras, no de un extraño, sino de alguien que parecía conocer mi pesar y mi dolor; cayeron en mi alma como un bálsamo. Desde entonces comencé a acudir habitualmente a la Misa, y más tarde acudí a la escuela de Biblia, a los grupos…».*

En este número de *Sal Terrae* se intenta desarrollar algunas dimensiones clave de la vida de las parroquias de barrio. Son testimonios de protagonistas entusiasmados que tienen su vida empeñada en estas tareas parroquiales.

José Rodier hace emerger la vida que discurre a través de los cauces habituales parroquiales: en la plaza del pueblo, umbral de la parroquia; las catequesis de niños, el trabajo con jóvenes, las reuniones prebautismales y prematrimoniales, los servicios de Cáritas, las reuniones del Consejo parroquial, la Eucaristía dominical, etc. En ese recorrido van resonando nombres propios, rostros concretos, vidas atravesadas por el misterio del amor de Dios. Importantes las imágenes que describe como encarnación de la vida parroquial: la mesa familiar, la cruz, la Virgen María, el paraíso.

Desde la parroquia de San Roque, de Badajoz, *Luis Romero y colaboradores* narran el itinerario de una comunidad afincada en un barrio, cruzado de una compleja problemática humana, pero que reconocen como «tierra sagrada», habitada por el Dios sensible al clamor de su pueblo. Describen la realización de su tarea profética desde una doble fidelidad: a la vida de las gentes y a las provocaciones de Dios, implícitas en los entresijos de esas vidas. Entrelazan primorosamente los datos concretos con reflexiones profundas y atinadas.

Ángel Mario Ruiz y colaboradores cuentan cómo la parroquia de La Ascensión, en Carabanchel, desde la penuria de locales, ha ido recreando un «estilo» de celebración que sabe a encuentro, abrazo, hogar y fiesta, con Dios en medio. En la descripción pormenorizada de la Pascua Joven se traslucen los ritos y gestos concretos que configuran ese estilo de celebración vital.

José María Avendaño explicita la *comunión eclesial* como exigencia que nace de la fe y experiencia del Dios Trinidad. Comunión de circularidad que se va encarnando, al asumir la pluralidad, en la necesidad del otro, en los lazos de grupo parroquial y, más allá, en la convergencia con otras plataformas del barrio; que amplía la comunión eclesial en el arciprestazgo, en la referencia a otros Movimientos eclesiales, en el mutuo apoyo con los religiosos y en el amplio abrazo de la comunión diocesana.

Estas experiencias son limitadas y reflejan la vida de algunas comunidades parroquiales de barrios de ciudad y el gozo de los protagonistas implicados. La realidad general de las parroquias es mucho más amplia y diversa. Abundan las experiencias de desánimo, de mero mantenimiento, de no saber cómo abrir nuevos cauces, de experimentar el envejecimiento de los responsables pastorales y de los fieles, con la ausencia sangrante de las generaciones más jóvenes. Esto daría para otro número de la Revista. En éste nos quedamos con el testimonio humilde y esperanzador de realidades vitales que son pura bendición del Señor y que pueden despertar ilusiones y pistas para otros muchos.

ST 91 (2003) 629-642

ESTUDIOS

Hacerse carne con la vida de un pueblo

José Rodier Malheux*

En una primaveral mañana del mes de Abril, me encontraba en uno de los grandes cementerios de Madrid para despedirme de Miguel, padre de un buen y querido compañero. Al llegar la familia y el coche de la funeraria, éramos unas treinta personas. A la entrada de la capilla nos acogió un sacerdote para rezar el responso. Sus gestos, su mirada y el tono de su voz manifestaban sencillez y mucha atención. Sin prisa, sus palabras, las del Ritual, expresaban ciertamente sus convicciones personales sobre la muerte. En el momento del Padre Nuestro, sólo algunas personas rezaban con él. Observaba el silencio casi total de media docena de jóvenes, sus nietos, todos muy emocionados pero aparentemente manifestando una cierta extrañeza ante las palabras que allí se decían. Un empleado del cementerio lo llamaba: «la pequeña Misa».

Esos jóvenes forman parte de una generación que, en su mayoría, ignora las palabras de la fe cristiana. No se trata de decir si son creyentes o no creyentes. Las cosas son mucho más complejas. Un determinado tipo de palabras no llega a su corazón.

Luego, cerca de la tumba, en el momento del entierro, un hijo sacerdote del difunto se despidió de su padre con unas palabras que evocaban algunos aspectos de su vida: su fe, su humildad, su amor, su gran bondad y el gran respeto y tolerancia ante opiniones diversas.

Interiormente me decía: son bien pocos los que pueden oír unas palabras «encarnadas» y llenas de hondura evangélica. Palabras que

* Hijo de la Caridad. Parroquia de San Rafael. Getafe (Madrid).

dan vida. Ese mensaje discreto y tan lleno de humanidad calaba en los ojos y el corazón de los familiares más cercanos. (El gran desafío de nuestras parroquias es el de «encarnarse» en la vida del pueblo. ¡Ojalá supiéramos rehacer la comunicación entre Dios y su pueblo!). La oración en el cementerio terminó con la oración de Jesús en Lucas (10,21-23):

> «En aquel momento, con la alegría del espíritu santo exclamó: "Bendito seas, Padre; Señor del cielo y tierra, porque, si has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, bendito seas por haberte parecido eso bien". Y volviéndose a sus discípulos, les dijo aparte: "¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis!"».

Desde hace más de 35 años (llegué a Vallecas en 1965), he sido testigo, tanto en España como en Francia, del nacimiento de unas parroquias en barrios nuevos. En Madrid, Vallecas, Leganés, Getafe, he visto crecer un tipo de iglesia cercana y humilde, a la escucha del pueblo. Iglesia encarnada en la vida de la gente. Con todas sus limitaciones e imperfecciones, he visto el esbozo de una iglesia que quiere ponerse al servicio del pueblo. Una iglesia bien consciente de la llamada «secularización», que va acompañada no sólo de una cierta indiferencia, sino también de un cierto rechazo por parte de los jóvenes y el anticlericalismo de las generaciones anteriores.

¿Qué palabras pueden definir a estas parroquias? Yo diría: perdón, humildad, cercanía, proximidad, solidaridad; y últimamente añadimos: compasión, ternura, misericordia.

Un viernes por la tarde, en la plaza de la iglesia. ¿Qué se ve?

Son las siete de la tarde. Poco a poco, la plaza se llena de niños y adolescentes, por cierto de diversas nacionalidades. Africanos, españoles, colombianos, rumanos juegan juntos. Al otro lado de la plaza se junta un buen número de ancianos. Se sientan en los bancos de piedra, acompañados de sus cartones o cojines para amortiguar la dureza y el frescor de la piedra. Se van a quedar aquí hasta que llegue la noche. Al otro lado, bajo la sombra de unos árboles, se forma un pequeño corro de gente. Están esperando la hora de la Misa. Un funeral se celebra a las 7,30. Hoy tengo la suerte de conocer a la familia que acude a esta Misa. Les saludo, y en seguida

Víctor, el hijo de la difunta, me hace saber que no va entrar en la Iglesia. «No acepto la muerte de mi madre», me dice. Carmen, su mujer, no entiende su postura, pero la respeta, Entra con sus dos niños aún pequeños. Admiro a la familia, al esposo sereno, a las dos hermanas. Hay mucha emoción; pero se siente el clima de cariño que les une ante la muerte de una madre y abuela todavía joven (no tenía 60 años).

Al final de la Misa, uno de los familiares, me dice: *«Gracias por habernos escuchado»*. El clima de amistad permitió un pequeño dialogo para darles fuerza y consuelo.

En estas iglesias nuevas es preciso un clima de proximidad y cercanía, un talante de humildad y de mucha escucha. La actitud del pastor, tanto en los sacerdotes como en los seglares, tiene que ser la del «Lavatorio de los pies». Joaquín García Roca lo expresa con unas bellas palabras: *«Lavar los pies a los pobres significa descender y bajar a sus plantas, despojarte de manos y vestidos y pedirles perdón por la distancia; ofrecerles, humilde, tus servicios y abrirles los caminos del mañana»:*

> «Jesús se levantó de la mesa, se quitó el manto y se ciño una toalla; echó agua en una jofaina y se puso a lavarles los pies a los discípulos» (Jn 13,4-5).

Se puede decir que las familias de esos nuevos barrios no son todas económicamente pobres; es evidente. Al lado de gente muy marginada, hay familias que tienen unos salarios relativamente buenos. Pero hay otras formas de escasez: la falta de referencias; el haber dejado las costumbres del pueblo; una cultura religiosa muy precaria; el sentirse un poco perdidos ante los hijos y las nuevas generaciones; la falta, en general, de esperanza...

Hace unos días, en una reunión pre-bautismal, unas diez familias expresaban sus deseos en esos términos: *«La salud, la lotería (¡la primitiva!, dijo una madre), la felicidad y el cariño de los familiares»*. ¡Aparentemente, ninguna relación con la fe! Sin embargo, sabía que una de las madres era monitora en el centro cívico del barrio, animando un taller de manualidades con personas de su edad y algunas más mayores; sabía que era amiga de una de sus vecinas, muy activa en el barrio y que pertenece a la Comunidad parroquial. A través de ella se van creando, desde hace años, lazos de amistad con los monitores y educadores del Centro cívico. Al principio del curso la profesora de español del centro, que conoce a muchas

abuelas del barrio y a muchos inmigrantes, invitó al grupo parroquial de alfabetización a poner en común nuestros métodos, dificultades y proyectos. Todo ello sin espíritu competitivo, sino con el deseo de conocernos y tejer en el barrio una mayor solidaridad.

Así de sencillo. Un sacerdote americano, que reside con nosotros actualmente y que es párroco en una barriada popular no muy lejos de Nueva York, me dice a veces: «La parroquia y su Comunidad tienen que ser *como un vecino más, un buen vecino,* y esto significa *hacer barrio,* participar en la animación, dar alma al conjunto de la población».

Un miércoles por la tarde

Esta tarde, con Josechu, mi compañero sacerdote, tenemos al final del día el Consejo Pastoral. Con Julián, secretario del Consejo, hemos preparado el esquema y el contenido de estos encuentros:

– En la pastoral juvenil existen algunas dificultades: los más jóvenes de los educadores del Junior se asustan ante las exigencias del Movimiento, y algunos lo quieren dejar. Los jocistas necesitan un empujón y más iniciativas con los jóvenes del barrio; el grupo de Confirmación busca su ritmo.

– Entre los adultos, parece que el Catecumenado va a menos. Sin embargo, hay gente nueva y con ganas. Es la vida normal de cualquier parroquia, con sus altibajos. Ya estamos acostumbrados... Hay que «relanzar» y dar otra vez un empujón de ilusión.

En cuanto al Consejo pastoral, su tarea de hoy consiste en poner en marcha la próxima convivencia parroquial. Esperamos mucho de ella. Juntos hemos leído un texto del Evangelio de Lucas la llamada de Leví. Nos paramos en la imagen del banquete y de la fiesta:

> «Más tarde, al salir, vio a un recaudador llamado Leví sentado al mostrador de los impuestos y le dijo: “Sígueme”. Él, dejándolo todo, se levantó y lo siguió. Leví le ofreció en su casa un gran banquete. Los fariseos y los letrados protestaban diciendo a sus discípulos: “¿Se puede saber por qué coméis y bebéis con recaudadores y descreídos?” Jesús les replicó: “No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a invitar a la enmienda a los justos, sino a los pecadores”» (Lc 5,27-32).

Este texto nos da mucho que pensar. Jesús participa en un banquete con sus discípulos. Es un momento y un lugar excepcional, en el que nos encontramos a partir de una invitación. Dejamos de lado las dificultades. Se ríe, se juega, se habla...

La fiesta en los Evangelios muestra lo mejor de lo que podemos llegar a ser. Es lo mismo en la Parábola del Hijo perdido y encontrado: «celebremos un banquete, porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a vivir; se había perdido y ha sido encontrado» (Lc 15,24).

Hay nuevas personas. Nuevos horizontes se abren.

«La fiesta tiene un poder real de nutrir nuestra esperanza». La última convivencia del año pasado ha sido un ejemplo de ello.

Un teólogo jesuita que participó en un coloquio sobre «las parroquias de la periferia» se expresa así: *«Los tiempos de fiesta, de convivencia, de celebración no son momentos de consumo o de compensación efímera. Esos momentos llevan una promesa. Algo nuevo es posible. Se abre la imaginación. Algo de la utopía del reino la descubrimos en la vida ordinaria de todos nosotros. Es descubrir algo extraordinario en la cotidianeidad de la vida...».*

Esta reflexión aumenta nuestros motivos para organizar esta próxima convivencia. En una parroquia de barrio hay muchas cosas que vivir, imaginar, proponer. Se trata de suscitar lo «extraordinario de Dios» en medio de los que vivimos dentro de la rutina de la cotidianeidad. Así es Jesús, que invita a la mesa de los recaudadores y jefes de impuestos. El final del banquete, según ese evangelio, es el perdón de los pecadores. Es la Novedad evangélica.

Un jueves por la tarde: El «despacho» de Caritas y otras cosas más

«El dolor más grande de los pobres es que nadie necesita de su amistad» (M. Zundel).

La parroquia de barrio necesita la amistad de los pobres. Entre ellos están los adolescentes y jóvenes desestructurados, los ancianos a veces muy aislados y solos; los enfermos, los jóvenes y adultos sin trabajo, los emigrantes cada vez más numerosos, muchas veces sin trabajo y sin papeles. (¿Adónde van a ir, sino a la parroquia más cercana?).

Caritas, el apoyo escolar, las clases de alfabetización, los distintos talleres... son algunos de los múltiples servicios que puede prestar la parroquia insertada en un barrio.

¿ Qué vemos el jueves por la tarde?

A las cinco de la tarde son los niños de la catequesis los que llenan los salones. Las catequistas, unas simples madres de familia atentas a la vida de estos niños, intentan comunicarles algo del cariño de Dios.

A las seis se acerca otro grupo de niños y adolescentes; necesitan la ayuda de unos maestros y jóvenes para hacer sus deberes. En general, son niños y chavales más problemáticos. Llaman a la puerta, chillan, van y vienen. Se les ve nerviosos, impacientes, turbulentos y a veces arrogantes. Entre ellos hay niños y niñas que pasan una gran parte de su tiempo en la calle. Los padres regresan a casa muy tarde y salen pronto. Son de distintas nacionalidades: colombianos, ecuatorianos, españoles, rumanos... La casa de Dios les acoge tal como son.

Un poco más tarde, a las 6,30, un grupo de mujeres cuyos maridos son alcohólicos o antiguos bebedores. Se las ve con ganas de compartir su vida. Algunas son miembros de la Comunidad parroquial. ¡Qué delicadeza y atención entre ellas...!

A las ocho llega el grupo de alcohólicos anónimos. Son unos 6 ó 7, hombres en su mayoría. Se reúnen tres veces a la semana hasta las 10,30 de la noche. ¡Qué fidelidad en sus encuentros y qué ilusión...!

Y en medio de todo este bullicio, el despacho parroquial y la Eucaristía de la tarde, en la que participa una veintena de abuelas y madres de familia.

Entre ellas está Carmen. Desde hace más de un año, participa en una clase de alfabetización para poder leer en la Misa.

Está Maria, viuda, que acude a Misa con su hijo discapacitado, que, según ella, le da fuerzas para vivir y sacar adelante a los suyos. Gracias a él no se deprime.

Uno que venga del exterior no se puede imaginar lo que se vive, lo que se expresa durante estas tardes de invierno o de primavera.

Pepi, que perdió a un hijo de 30 años, víctima de la droga, nos dice que se habría vuelto loca si no hubiera participado en la vida de la Comunidad.

Pedro, un antiguo concejal del ayuntamiento de un pueblo vecino, me dice: «Vosotros estáis en contacto con la base. ¡Qué suerte tenéis...!».

Antonio es un buen amigo. Trabaja por la noche. Él y su mujer no tienen hijos. De acuerdo con ella, dedica una buen parte de su tiempo a la visita de los enfermos y ancianos del barrio. Hombre alegre, chistoso, no suele beber, pero conoce las tabernas del barrio. Lleva más de treinta años aquí. Él es el primero que me avisa cuando se entera de un enfermo que necesita una visita. En algunos casos me acompaña. Siempre me llama cuando se muere alguien del barrio. Si puede, me acompaña al cementerio. La gente del barrio le conoce como Antonio «el cristiano». En los bares le llaman «el cura», pero siempre con mucho respeto, porque se sabe que es un hombre muy servicial. A partir de las cinco de la tarde, su coche está a disposición de quien lo necesite (una visita al centro de salud, una urgencia al hospital...). No quiere que se le den las gracias: «Voy haciendo lo que tengo que hacer».

Esa misma tarde, paso a ver a una familia, a unos padres cuya hija ha sufrido una operación seria. La niña se encuentra mal otra vez. Los padres, un poco desanimados, deciden ir a urgencias al hospital cercano. La vecina, sin dudarlo, se ofrece a acompañarlos. Son las 22,30; volverán de madrugada. Y eso se vive sin discursos, sin grandes palabras, de manera natural.

Pienso en el Evangelio de Lucas (17,10):

> «Pues vosotros lo mismo, cuando hayáis hecho todo lo mandado, decid: "No somos más que unos pobres criados; hemos hecho lo que teníamos que hacer"».

Luis B., párroco en un barrio de las afueras de Córdoba, nos dice: *«Se trata de estar, seguir en el barrio, permanecer, compartir la vida, mirar al barrio y su futuro desde la mirada de Dios. Seguir trabajando para mejorar las condiciones de vida del barrio. Seguir ofreciendo desde la parroquia la fe en Jesús y en el Padre Dios y la experiencia de la vida de Jesús».*

Los practicantes representan tan sólo un 3,41% de la población. Podríamos ser pesimistas y, sin embargo, después de haber vivido más de 30 años en barrios periféricos de la gran ciudad (Vallecas, Leganés, Getafe), afirmo con fuerza que una parroquia cercana, solidaria, humaniza al barrio y puede conducir al Dios de la Vida y de la esperanza

Aquí en San Rafael, en Getafe, es evidente que esta parroquia, desde hace 40 años, ha dejado huella en la vida de mucha gente.

Hubo siempre sacerdotes cercanos. Es una parroquia de tradición humilde y solidaria con el pueblo trabajador y con los más necesitados. Existen amistades profundas que se han creado, una auténtica red de esperanza. Algunos matrimonios son un poco como la conciencia de la Comunidad y del barrio. Estuvieron presentes desde los principios y aseguran con fidelidad la continuidad del proyecto pastoral.

En medio de una sociedad de la indiferencia, del individualismo, del consumo , esas personas creen mucho en la fuerza de la Amistad. Para ellos, algo muy importante es la Amistad de Dios.

> «Éste es el mandamiento mío: que os améis unos a otros como yo os he amado. Seréis amigos míos si hacéis lo que os mando. Ya no os llamo más siervos, porque un siervo no está al corriente de lo que hace su amo; os llamo amigos, porque os he comunicado todo lo que le he oído a mi Padre» (Jn 15,12-15).

Saben muy bien que en el corazón de muchos hay un deseo profundo de Amor, de un mundo sin violencia, con menos injusticias. Estos barrios de la periferia no son «malditos», sino objeto de la bendición de Dios. La gente reconoce que el dinero, el capitalismo liberal, son fuerzas eficaces que adormecen; y a la vez se dan cuenta de que es un mundo sin conciencia ni misericordia. La vida de muchos es muy dura. La Parroquia «encarnada», al servicio de la persona humana, afirma la dignidad de los pequeños, de los pobres, de los enfermos, de los ancianos, de los minusválidos; en una palabra al servicio de los desposeídos y excluidos de la sociedad del Bienestar.

Una parroquia pobre y misericordiosa es portadora de unas imágenes que alcanzan el corazón de muchos

1) La imagen de la mesa familiar

En todas nuestras iglesias, el altar se sitúa en el centro. Es la mesa de la Eucaristía, donde se parte y comparte el pan y el vino. Para nosotros, sacramento de Dios, pan de Dios «bajado del cielo». Cuerpo de Cristo y sangre de Cristo.

Es la mesa de la fraternidad. Es el símbolo más grande de la presencia del Dios de Jesús en medio de un barrio. Los primeros cristianos llamaban a la Eucaristía la «fracción del pan».

Este símbolo del banquete eucarístico cala en el corazón de la gente si se ve que la misma iglesia vive de la sencillez y humildad de su Maestro. La Eucaristía es inseparable del Lavatorio de los pies (Jn 13).

Lo humilde, lo pequeño, lo escondido... nos ayuda a descubrir las cosas esenciales. El Hijo del hombre lava los pies de sus discípulos.

Pensamos un momento en el papel del maestro y del sacerdote en esos pueblos de Castilla, de Extremadura, de La Mancha. En una reflexión sobre «Solidaridad y figuras eclesiales», Joaquín García Roca se refiere al escritor no creyente Albert Camus, que habla de *«esos maestros que justifican al mundo, que ayudan a vivir con su sola presencia»*.

¿No sucede lo mismo con algunos sacerdotes de pueblos y de barrios? ¿ No son ellos esos «puentes levadizos» que nos ayudan a vivir con su sola presencia?

Un niño en la catequesis o en un grupo de apoyo escolar tiene que experimentar que existe y que es «objeto de la más alta consideración»; tiene que sentirse querido de verdad. Este gesto gratuito del pan de Dios compartido da a los creyentes mil razones para vivir, luchar y enfrentar la realidad con confianza y agradecimiento.

El sacramento de la Eucaristía y el sacramento del perdón son capaces de rehacer a las personas. Es dentro de esta perspectiva a largo plazo donde podemos revalorizar en nuestras parroquias la Primera Comunión y la Primera Confesión.

2) La imagen de la familia

Me llama la atención el número de personas que visitan la Iglesia en el tiempo de Navidad. Se viene a ver el Nacimiento, el Belén con sus tres personajes: María, José y el niño Jesús. Navidad sigue siendo un tiempo de gracia y de conversión. La pequeña Teresita de Lisieux se «convirtió» en la noche de Navidad del año 1886 y dice haber descubierto ante el pesebre el «Amor misericordioso de Dios».

La Celebración de la Navidad, con la Sagrada Familia, sigue siendo en las parroquias un momento privilegiado de acoger la gracia de Dios; el símbolo del Nacimiento de Dios en la pobreza de Belén.

Hace unos meses, en nuestro barrio, una joven madre a punto de dar a luz no tuvo tiempo de llegar a la Maternidad del hospital: la

madre tuvo que «acoger» a su hijo con la ayuda del padre en la misma escalera de su inmueble. Al oír los ruidos y gemidos, las vecinas acudieron e hicieron todas de «comadronas». Un parto perfecto, y el niño tiene ahora unos meses. Me llamó la atención cómo ese pequeño incidente, inédito, unió a las vecinas en la misma admiración: ¡el nacimiento de un niño, un pequeño vecino en el mismo portal de la vivienda! Se prepara el Bautismo con emoción y agradecimiento. Hay algo de Navidad en el nacimiento de Sergio.

3) La Imagen de Maria

La madre, la Virgen, la Dolorosa, la Bella, que vela sobre el barrio. En Getafe existe la larga tradición de la Virgen de los Ángeles. Con ocasión de las fiestas del pueblo, baja de su ermita hacia la Catedral para permanecer en medio del pueblo, desde el jueves de la Ascensión hasta el lunes de Pentecostés. Una gran muchedumbre acude para recibirla a lo largo de los tres kilómetros de recorrido. Se calcula que la mitad del pueblo está en la calle, es decir, unas 80.000 personas.

Recuerdo aún la reflexión de un buen amigo psicólogo, por cierto no creyente, pero que veía en este hecho algo importante y bien significativo: la fuerza de los símbolos cristianos. Un deseo de protección que se manifiesta en el hecho de salir a la calle para recibir esa imagen de Maria. En los bares del barrio se oyen expresiones llamativas: *«Que la Virgen visite a nuestro barrio, necesitamos de su ternura»... «Que Maria nos dé un poco de cariño...»*. Cuando la Virgen visita el barrio con ocasión del Rosario de la Aurora, hay mucho publico y mucho respeto por parte de todos. Se recibe a la madre de todos.

4) La Imagen de la Cruz

Algo sagrado, que encarna al que sufre sin desesperanza y da su vida por todos. La muerte del hombre justo. La solidaridad de Dios con los últimos, con las víctimas y los desposeídos.

> «Uno de los malhechores crucificados añadió: «Jesús acuérdate de mí cuando vuelvas como rey». Jesús le respondió: «Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso»» (Lc 23,42).

El crucificado es el Hombre-Dios que se desvive para abrir un camino de luz. La Iglesia pertenece también a los desesperanzados.

5) La Imagen del Paraíso

Un paraíso abierto a todos, sin exclusión. Creo que debemos hablar mucho más de la Resurrección y de la Eternidad. No sólo hablar, sino dar testimonio de ello.

> «"Vosotros sois testigos de todo esto; vosotros quedaos en la ciudad hasta que de lo alto os revistan de fuerza". Se volvieron a Jerusalén llenos de alegría» (Lc 24,48-53).

Se trata de presentar la Resurrección como el don de la Fe que todo lo espera, «aunque sea de noche». Hay que afirmar que cada Domingo es la Pascua de Resurrección, el día del Señor, el día de la gran Esperanza. Jesús no baja de la cruz, resucita en lo secreto. Sólo el Amor lo puede reconocer: el cristianismo no nos presenta la Resurrección como la última recompensa que podría provocar un cierto desprecio por la vida, incluso un cierto fanatismo. Jesús invita a sus discípulos a ser creadores de bondad, de belleza, de comunión. Se trata de reducir el mal en el mundo, sabiendo que no terminaremos nunca de luchar contra la maldad y todas las formas del mal, hasta el final de los tiempos. Esto es posible porque se lleva dentro la alegría que da la fuerza para luchar. La misa del Domingo tiene que ser el lugar de la esperanza.

Un abuelo de un pueblo del País Vasco me decía: *«Cerca de nuestra iglesia está el cementerio de un lado; y del otro el frontón donde se encuentran los jóvenes. La vida y la muerte se unen cerca de nuestra iglesia parroquial. Esto da paz y confianza».*

Que nuestras parroquias sean lugares de paz, de luz, de belleza y de esperanza. La parroquia de barrio no es una «isla protegida» (el oasis de los buenos). La parroquia de barrio no es un lugar de poder y control, ni tampoco de administración (¡aunque haya que cuidar los archivos!).

Como «un vecino más», la parroquia se sitúa humildemente en medio de una gran diversidad de situaciones, opciones, ofertas. La parroquia ofrece el Evangelio como camino posible de Amor y de auténtica felicidad.

Me llama la atención el papel de los capellanes en los hospitales, en las residencias de ancianos, en los tanatorios. Nos hablan de los diálogos que tienen con los enfermos, con los familiares, ante situaciones de dolor e incluso de muerte. Estoy convencido de que el testimonio de parroquias cercanas, humildes, donde se puede

encontrar a «buenos amigos de Dios», ayuda mucho a la gente a situarse con cierta paz, sin espanto, ante situaciones muy dolorosas.

Los símbolos cristianos bien explicados, vividos con humildad, abren la conciencia a una gran esperanza. Somos testigos de ello.

Para el niño y el joven de hoy existe lo que se ve; lo que no se ve en la televisión o en el ordenador no existe. Las realidades cristianas parecen ausentes del ambiente general. La inteligencia del cristianismo que intentamos comunicar a través de una parroquia no se revela sólo a través de las palabras de Jesús, sino con lo que dicha parroquia es y lo que va haciendo. La parroquia no es sólo un lugar de palabras. Únicamente una iglesia fraterna, comprensiva, compasiva, misericordiosa como su Señor, podrá comunicar la gran inteligencia de los símbolos cristianos. Se supone una conversión cotidiana. Un joven alemán escribía a su obispo: «No soporto más el parloteo en torno a Dios; necesito encontrar a gente que viva de Dios». La dificultad de la fe no viene sólo del entorno social de hoy. La dificultad de la fe se sitúa en el corazón del Evangelio. Hace dos mil años, Jesús dice a sus discípulos:

> «¿Por qué sois tan cobardes? ¿Cómo es que no tenéis fe?» (Mc 4,40).

La dificultad de la fe es nuestro miedo a la conversión.

La parroquia «encarnada» –toda parroquia– debe ser un lugar de conversión. Un lugar, una comunidad que nos ayude a ser humildemente unos pobres hombres y mujeres que confían. Una parroquia tiene que hacer de nosotros esos «amigos de Dios», de ese Dios que nos necesita para que su mensaje cale en el corazón de la gran muchedumbre.

Los dirigentes del pueblo judío e incluso los mismos discípulos y apóstoles dudan de Jesús y quieren abandonarlo:

> «Jesús entonces preguntó a los doce: "¿También vosotros queréis marcharos?" Y Simón Pedro contesta: "¿A quien iremos, Señor? En tus palabras hay vida eterna, y nosotros ya creemos y sabemos que tú eres el Consagrado de Dios"».

¡Cómo me gustaría que nuestro pueblo, nuestros amigos, nuestros familiares... al salir de su parroquia pudieran contestar lo mismo: «¿A quién iremos?: tú tiene palabras de vida eterna» (Jn 6,67-69).

A modo de conclusión

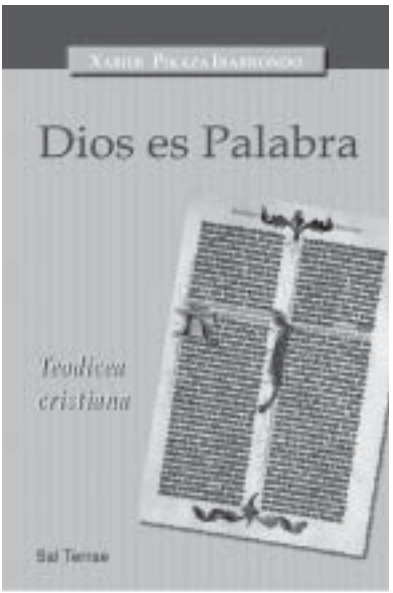
En nuestros países de Europa, las realidades de la fe no son evidentes. Una gran parte del pueblo creyente que acude a las parroquias vive la fe con muchas dudas, interrogantes, y a veces heridas. El talante de la parroquia «encarnada» no es el «adoctrinamiento», sino el acompañamiento, el perdón y la admiración. Mas allá de las estructuras y organizaciones eclesiales, las parroquias de nuestros pueblos y barrios son una invitación constante a la oración, a la celebración, a la amistad, al servicio, a la confianza. En último lugar, el fundamento último de la parroquia es Cristo resucitado, que nos hace presentir una vida más fuerte que la muerte, nuestra propia resurrección y la de toda la humanidad.

A la puerta de cada parroquia, deberíamos poner bien visibles, las palabras de Jesús a la mujer bien enferma: «Tu fe te ha salvado, vete en paz» (Lc 8,48); o el grito de admiración de Jesús ante el soldado romano: «Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie una fe tan grande» (Mt 8,10).

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD



Dios tiene otros nombres: es Amor o Padre, Pensamiento o Mundo, Libertad o Gracia, Ser o Destino... Pero este libro destaca el de Palabra, recogiendo un tema central de la Biblia y vinculando la raíz judeocristiana de la religión con la experiencia filosófica de Grecia, que ha destacado el valor de la palabra como idea o razonamiento. Se trata de un *libro de tesis,* a la vez que de un *libro de texto,* cuyos temas han sido objeto de inmensa disputa y forman la entraña de la *teodicea,* entendida como juicio de Dios que nos lleva más allá de todo legalismo, al lugar donde emerge la experiencia de la gracia.

Los temas de este libro de tesis y texto han sido objeto de inmensa disputa y forman la entraña de la *teodicea,* entendida como juicio de Dios que nos lleva más allá de todo legalismo, al lugar donde emerge la experiencia de la gracia. En este lugar se han vinculado y se siguen vinculando ilustración y religión, pensamiento riguroso y evangelio creador, sistema impositivo y utopía de liberación, abierta al Reino, entendido como expresión total de la Palabra que es Dios.

Enc. Tela / 392 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 22,00 €**

ST 91 (2003) 643-656

Profetas de un mundo nuevo

Luis Romero Rangel
José M. Vaquero
Juan Manuel Pérez Sevilla*

1. Introducción

Escribimos las siguientes líneas desde el convencimiento de que la tarea nuclear de la parroquia es el anuncio explícito de la fe, y que las parroquias de nuestros barrios deben convertirse en testigos de Dios en un mundo que no cuenta con Dios. Cuando nos planteamos describir las perspectivas y los medios con que debía desarrollarse este anuncio, conscientes de que ello abriría caminos de esperanza al hecho de que este anuncio sigue orientando a las personas, nos dimos cuenta de que podíamos trabajar desde dos esquemas diferentes.

Un esquema, que nosotros denominamos «academicista», se nos mostraba claramente. Partiendo de que la tarea nuclear de la parroquia era el anuncio de la buena noticia, surgía la figura de la comunidad parroquial como testigo de Dios en nuestros barrios y se nos abría ante este anuncio de la fe un amplio campo de perspectivas que nos mostraban los signos de esperanza de esta «nueva era» de las barriadas. Sin duda, podríamos rematar este panorama recalcando el papel misionero de las parroquias y los peligros de no contar con este especialísimo talante. El otro esquema de trabajo consistía en utilizar el método del ver-juzgar-actuar, partiendo de nuestra experiencia acumulada durante una docena de años trabajando juntos en la intrahistoria de una parroquia anónima, como tantas, llena de vida y de vidas, de esperanza y de esperanzas, en el barrio de San Roque de Badajoz.

* *Luis Romero Rangel* es Párroco de la Parroquia de San Roque (Badajoz). *José M. Vaquero* y *Juan Manuel Pérez Sevilla* son miembros laicos del Consejo de Pastoral de dicha parroquia.

Comenzamos trabajando con el primer esquema. Sin embargo, al remover nuestros recuerdos, poco a poco nos dimos cuenta de que lo mejor que podíamos hacer por los lectores era volver a releer nuestra historia, recordando las llamadas que nos ha estado haciendo Dios y las acciones que desarrollamos intentando que nuestra comunidad parroquial fuese testigo de Dios en nuestro barrio.

2. Desde la realidad que nos reta y nos atrae

Intentamos descubrir cómo debemos auscultar el latido de Dios en la vida de la gente de nuestro barrio, pues hemos de darnos cuenta de cómo sus características y potencialidades ocultan llamadas y dones de Dios, así como retos y tareas. Desde el convencimiento bíblico de que Dios es un Dios de la historia y que en ella se «mueve», somos conscientes de lo fundamental que es educar nuestros sentidos para descubrir al Dios que aletea sobre las aguas informes de la noticia diaria y sobre la masa espesa de la vida cotidiana en un lugar concreto que, por sabido, lo consideramos muy conocido. Sin embargo, cuando miramos en profundidad en el paisaje urbano más cercano, somos capaces de descubrir las *«semillas del Verbo»* o las carencias de Dios, que nos interpelan desde el *«dadles vosotros de comer».*

En ambos casos, la realidad es la *«zarza ardiente»* donde la Presencia de Dios es fiel e implicadora para quienes son tocados por el colirio evangélico. Nuestros ojos, así, están capacitados para ver la fiel presencia de quien estará con nosotros hasta el final de los tiempos, preñando la historia con su presencia, más allá de la apariencia gris y de la desanimante y terca realidad. De esta forma, sólo podemos hablar de nuestra realidad *«descalzos»,* porque estamos *«en una tierra sagrada»* donde habita el Dios encarnado que *«ve y oye el clamor de su pueblo».*

Nuestra realidad es muy común a la de tantos barrios de ciudades medias que comparten parecidos patrones. Así nos ha mostrado Dios nuestro barrio, que es su tierra, cuando nos ha puesto a MIRAR en profundidad:

- Nuestro barrio, como tantos otros, fue poblado por inmigrantes del campo extremeño que llegaban a la ciudad para establecerse como obreros.

- El barrio vive del «reino de las chapuzas». Muchos obreros manuales, sin más especificaciones, sobreviven gracias a la economía sumergida en tiempos de crisis.
- Otros personajes característicos del barrio son las «mujeres fuertes». A menudo, han formado un matriarcado, manteniendo económica y moralmente a la familia en muchos casos.
- Los problemas de la sociedad se agudizan más en nuestro barrio. La tasa de paro o de consumo de drogas es mayor que la media nacional.
- Existe un tipo de analfabetismo alarmante. Aunque resulta relativamente difícil encontrar a personas que no saben leer o escribir, es evidente que existe un analfabetismo funcional oculto y soterrado, del tipo «antes el DVD que la merienda de los niños».
- Es evidente la ausencia de tejido asociativo en nuestro barrio, pese a la asociación de vecinos y algunas asociaciones de tipo lúdico-festivo.
- La llamada «religiosidad popular» invade nuestro barrio. Hay una imagen mágica de la religión y de Dios. Incluso chavales con los que llevamos trabajando varios años nos sorprenden por sus opciones y su interés hacia esta forma de religiosidad.
- Además, esta religiosidad está muy ligada a imágenes de «santos, vírgenes y cristos», que se convierten en iconos y únicos referentes del sentimiento religioso de un importante sector poblacional del barrio.
- Un habitante «típico» del barrio se encuentra enormemente distanciado, por desconocimiento, de ideas como «encarnación», «comunidad», «reino de Dios»...
- La comunidad parroquial está escasamente dotada de medios humanos y materiales orientados hacia la evangelización.
- Por otro lado, la comunidad parroquial tiene una conciencia clara de ser imprescindible, pero, de igual modo, se siente insuficiente.
- En general, los jóvenes se muestran indiferentes hacia la fe. Aun así, hay un amplio sector proclive a las manifestaciones religiosas populares.
- Apreciamos que existe una enorme distancia entre la parroquia y la vida del barrio.
- Durante los últimos años se aprecia una presencia creciente de inmigrantes subsaharianos.

Queremos detenernos en algunos hechos a los que podemos dar el rango profético de «signos de los tiempos», bien por ser singularmente trágicos, bien por su calado o por la cantidad de gente a la que afecta. Estos hechos son hitos en el camino que han marcando nuestra historia y apuntado la ruta que debíamos seguir, como si fuesen «voceros de Dios»:

- Posiblemente, el hecho que más ha marcado la historia reciente del Barrio y de la Parroquia fue la riada del arroyo Rivillas en el año 1996. Vivimos una explosión de dolor y, a la vez, otra de solidaridad. La riada asoló parte de los barrios de la zona Este de Badajoz (veintiún muertos y más de mil familias afectadas). El nuestro fue afectado directamente, y muchas de las casas de la orilla del Rivillas tuvieron que ser desalojadas y, más tarde, abandonadas. La riada afectó también de manera indirecta al barrio, que acogió a muchos de los que se quedaron sin vivienda en los barrios cercanos. Gracias a este episodio, la comunidad parroquial aprendió a reaccionar de una forma organizada ante la realidad que se nos impone. Aprendimos a reaccionar con criterios, eligiendo las personas y los medios adecuados y más eficaces.
- También hemos asistido a un resurgir inquietante de manifestaciones nuevas de religiosidad popular. Las que ya existían se afianzan con nuevo ardor y con una notable presencia de jóvenes.
- El anhelo y la nostalgia de Dios, ocultos bajo la piel de hechos no siempre profundamente analizados, como la drogadicción, las sectas, el botellón... Además, descubrimos una búsqueda anhelante de experiencias que marquen a la personas.

3. Con odres nuevos

Nuestros procesos de primer anuncio y los formativos tienen en común algunas claves que consideramos fundamentales, pues parten de una antropología marcadamente bíblica y de la base teológica, moral y sociopolítica de nuestro Credo. Éstas son las rocas desde las que construimos:

- Partir de la vida, ser consciente de que en la historia Dios se me revela y me desvela su voluntad. Se hace historia actualizada la

historia de la salvación. Dios nos regala su presencia envuelta en acontecimientos.

- Dejar que la historia interpele a la palabra, que ambas dialoguen. La palabra ha de «decir» al hoy en que viven y sufren las mujeres y los hombres, con sus esperanzas y sus noches oscuras. Acercar a la Palabra, como una linterna que ilumine la vida concreta.
- Con una pedagogía activa y participativa, donde la persona sea protagonista de su propio proceso, acompañada por el grupo y en el ámbito mayor de la comunidad parroquial. No hay encuentro sin personas; hay que lograr que cada cual asuma el protagonismo responsable de su propio proceso.
- Con una prioridad que nos deja inquietos: que los últimos puedan participar en las actividades y acciones; que no les eche para atrás el exceso de palabras, teorías, reuniones, y menos aún que falte el latido de la vida, que es como la herida, que llama a la sangre sin voz ninguna.
- Adaptado a los destinatarios según edad y según su campo de acción (obreros, amas de casa, estudiantes, empleadas de hogar, jubilados...); cada cual tiene que *«oír hablar en su propio idioma»* y serle cercano a su realidad, así como ser apóstoles de la misma.
- Opción por los movimientos diocesanos de Acción Católica. Por varias razones. Primero, no tienen carisma propio; su misión es la de la Iglesia (evangelizar); su ámbito es el mundo (*id al mundo entero*); sus protagonistas, los laicos, la inmensa mayoría del Pueblo de Dios; su espiritualidad es la que se nos regala en la encarnación; y su talante es la comunión con todos.
- Con una espiritualidad encarnada, de pies en el barrio, y enraizada en la cotidianeidad. Hay que descubrir qué tiene que ver con la espiritualidad planchar la ropa o ir al «hiper», hacer la chapuza o trabajar por el barrio. Esta espiritualidad posibilita a los sencillos tener su hogar en la fe y domiciliarse en la comunidad como lugar habitable. Así experimentan que Dios no es patrimonio de unos cuantos ni monopolio de *«templos o montes concretos»*. La historia de los sencillos es el lugar privilegiado y querido por Dios para estar con él y compartir juntos la existencia.

4. Provocaciones de Dios y llamadas implícitas en la realidad que vivimos

Cuando el creyente se *«descalza»* ante la realidad, ésta *«habla»* por sí sola. Se caen las *«escamas de los ojos»,* lo cual permite ver, y se *«abren»* nuestros *«oídos»* para escuchar... Así, la promesa mesiánica se hace carne.

De esta forma, el análisis de la realidad de nuestro barrio ha hecho que nos sintamos interpelados por Dios. Durante años de programación en el Consejo de Pastoral de la parroquia, ha habido una serie de llamadas recurrentes de Dios desde donde han partido nuestras acciones. Estas «provocaciones» de Dios han sido:

- Situarnos en estado de misión: necesitamos todos de la sinergia que conlleva declararnos barrio en misión. Opción clara por ser una parroquia misionera y profética.
- Ruptura de límites: el objetivo es llegar a todos, no sólo a los convencidos, a los «cercanos».
- Propiciar experiencias de Dios. No hay que dar por supuesto que por ser cristiano «de siempre» se tiene experiencia de Dios. Las prácticas religiosas, en ocasiones, han asfixiado y taponado la posibilidad de tenerla.
- Invertir personas y tiempo en crear relaciones, presencias en todo lo que «se mueve» en el barrio.
- Diseñar una respuesta adecuada a nuestra realidad, de tal forma que no ofrezcamos productos ultracongelados, por muy buena que sea la denominación de origen o porque durante mucho tiempo o en muchos sitios se haya hecho así.
- Cambiar la mirada a la realidad, descubriendo todo lo que hay dentro de ella oculto bajo la apariencia de lo evidente.

Frente a estas llamadas, sabíamos que teníamos un criterio sencillo a la hora de evaluar. Recordábamos aquello de que *«cada día se añadían nuevos miembros al grupo de los creyentes».* Hemos comprobado que el talante y el estilo que marcan estas llamadas generan militantes cristianos, apóstoles apasionados, e incorporan nuevos vecinos del barrio a la vida de la comunidad parroquial.

5. Riesgos que hacen olvidar este talante

A lo largo de los años, hemos detectado en nuestra comunidad parroquial y diocesana algunas actitudes que creemos que nos alejan de un talante misionero y profético en nuestros barrios.

Una de estas actitudes sería la de «renegar de las masas». Algunas veces parece que nos conformamos con unos poquitos para trabajar, un grupo de escogidos a los que deseamos convertir en una verdadera punta de lanza de nuestra Iglesia. Pero nos olvidamos de *«la gente, las muchedumbres»,* de las que tanto se acordaba Jesús. Nosotros nos preguntamos: ¿estamos «fabricando» puntas de lanza para que luego queden expuestas en museos, ya que nos hemos quedado sin lanzas, sin la masa de los vecinos de nuestros barrios, sin la *«gente»*?

Otra actitud es la de no ser exigentes con la tarea evangelizadora. En la Iglesia, nos gusta que los «alejados» vengan al templo y, de hecho, se favorece esto realizando distintas actividades (nuevas procesiones en Semana Santa, excursiones, etc.). Sin embargo, muchas de estas actividades no ponen en proceso a las personas, no calan ni educan en la fe. Si acaso, conseguimos atraer a algunos «alejados». Pero ¿no sería mejor que nosotros nos acercásemos a los «alejados» y que, desde su realidad, dialoguemos sobre el *agua viva que quita la sed* y la ansiedad?

Por lo demás, otro hecho que nos hace alejarnos de ese talante misionero y profético que buscamos es que numerosas comunidades están centradas en una liturgia que no nace de la vida. Olvidamos que la liturgia es una celebración; y sin vida, es decir, sin propuestas, sin acciones, sin asociaciones, sin misiones..., ¿qué estamos celebrando?

Nos gustaría incidir en aquellas comunidades parroquiales que no favorecen las experiencias de Dios. El mundo actual, centrado en lo racional, no nos ayuda a mantener una relación afectiva con nuestro Dios, y, sin duda, la nueva evangelización necesita laicos con experiencia de Dios.

Por último, nos alejamos del talante deseado cuando no favorecemos procesos formativos que conllevan un enorme trabajo oculto, oscuro y lento. En ocasiones, no se inician procesos porque, como en Nínive, nos falta la esperanza de que se reciba la Palabra, generándose una huida al «país de los quemados» como la de Jonás a Tarsis.

6. ¿Cómo respondemos?

Estamos convencidos de que necesitamos respuestas discernidas, animadas y trabajadas comunitariamente, lejos de decisiones unipersonales. Con respecto al Consejo de Pastoral, órgano de comunión, debemos confiar en él e invertir tiempo, esperanza y también buena semilla. *Siempre se aprende haciendo.* Ni los laicos ni los presbíteros lo sabemos todo, y el sabor de lo comunitario es algo a lograr desde los pasos sencillos y tiernos de quienes creemos en un Dios que es comunión.

Para provocar acciones que ayuden a la evangelización del barrio, la parroquia debe estar organizada. Esto no sólo implica que exista un Consejo de Pastoral como órgano de comunión; implica también que deben existir distintos grupos que asuman las diferentes misiones que se vean necesarias. Además, la comunidad parroquial debe empaparse de un clima de diálogo y acogida con respecto al barrio, donde se opte siempre por los más pobres y se tenga como norte el reto de los «alejados».

Otra actitud que va a conformar nuestra manera de responder a la realidad es la preocupación por la formación. Y no se trata de llenar el mercado laboral de teólogos, sino de preocuparnos de que la forma de pensar, sentir y actuar de la comunidad parroquial sea cristiana, es decir, sea la forma de pensar, sentir y actuar de Jesús.

Por último, queremos incidir en el talante profético que deben tener nuestras comunidades parroquiales, talante que desinstala las costumbres de los de siempre, rompe el círculo de los más fieles y pone a los mejores mirando fuera del templo.

7. Acciones que no sólo eran eso

Las actividades se pueden quedar en ellas mismas, teniendo como fin el que se realicen. Eso mismo puede suceder con las acciones. No se nos pide hacer sin más, ni moverse sin saber a dónde, porque con frecuencia esta experiencia lleva a quemar a laicos y presbíteros, o bien a caer en un activismo exento de raíces y con vocación de éxito, o bien en unas acciones finales en sí, que bloquean el futuro. Nosotros intentamos que las acciones fueran:

- Provocadoras. Deseábamos que las acciones supusieran para las personas un reto que las hiciera sentirse ilusionadas y apasionadas, sacando lo mejor de ellas.
- Pedagógicas. Las acciones debían servir para que las personas que las realizaban se enriqueciesen y se formasen.
- Posibles. Tenemos que tener «los pies en el suelo» y recordar que la realidad de nuestros barrios es *«tierra sagrada»*.
- Evocadoras. Así, la acción consigue ampliar el horizonte de las experiencias personales.
- Transmisoras de un talante y una mística. Por ello, el proceso de la persona hasta llegar a la acción es tan importante como la acción misma.
- Revisables. Si de verdad queremos aprender de nuestras acciones, éstas deben ser siempre revisadas, provocando una retroalimentación que finaliza en nuevas acciones.

Podemos compartir con el lector algunas acciones que intentamos que tuviesen un talante misionero y profético y que nacieron con la vocación de continuar haciendo histórica la encarnación:

- *Asambleas parroquiales.* Cada curso comienza y termina en asamblea. Se debate o revisa el plan para el curso. Es generador de comunidad, por cuanto que todo lo significativo se trata en asamblea, desde lo más importante (el cómo de la evangelización, la celebración y el servicio de cada curso) hasta lo más material de medios, e incluso el horario de la eucaristías. Se inicia un proceso de participación y de sinodalidad que hace personas, creyentes activos y militantes. *Lo que ha de vivirse por todos, por todos ha de ser decidido.*
- *Misión popular.* Responde a una necesidad. La comunidad quería ser evangelizada y desentumecida para dar al barrio el mejor don: Dios mismo. Así, experimentamos el sacar a la gente de la sacristía a la calle, aprendiendo a rastrear la huella de Dios en medio de las calles del barrio, a acoger al Dios presente en las casas y convertir éstas en templos donde dialogar y compartir la pasión por Dios y su tarea. Supuso poner en estado de alerta todas las sensibilidades presentes en la comunidad cristiana, que hicieron aflorar sensibilidades aletargadas y dones que, guarda-

dos, nos eran desconocidos. Acercó «alejados» y nos acercó a ellos, dando nosotros un primer paso, al que seguirían otros.

- *Nuevo centro parroquial.* La comunidad que crece necesita espacios de encuentro y reflexión, además de las propias casas. El centro parroquial es diseñado, pensado, discernido en comunidad, y como tal proyecto comunitario se vive. La comunidad construye el edificio, y éste hace a la comunidad. Talleres de trabajo liderados por cada uno de los miembros del consejo hacen posible que tanto el mobiliario como la decoración sean obra de miembros de la propia comunidad.

- *Escuela de verano.* En respuesta a los niños «en la calle», al fracaso escolar tan agobiante, se responde no sólo desde respuestas académicas, sino de valores humanos, de vivencia de acogida y compartir.

- *Campamento.* En un principio se inscribe como parte de un proceso para jóvenes, adolescentes y niños que participan en el curso pastoral y que en el campamento tiene su final. Es para nosotros escuela de valores comunitaria: aprendimos en la acción, a desvivirnos por los más débiles –los niños– y, de entre ellos, por los más pobres. Por eso favorecemos la presencia de niños de familias desestructuradas, en coordinación con los servicios sociales de base. En los últimos años, también se ha ido abriendo paso una experiencia de campamento más que familiar, de la familia grande de la parroquia, donde tienen cabida mayores, pequeños y jóvenes, de cualquier estado civil y de todos los sectores del pueblo de Dios. Así experimentamos cómo el campamento crece y nos hace crecer. Es plataforma de profundización y compromiso, al tiempo que para muchos, al contacto con el ambiente que se crea de comunidad, es primer anuncio inquietante y evangelizador.

- *Programa de apoyo al estudio.* Surge en un primer momento como fruto precioso de un grupo de jóvenes en respuesta ante una necesidad concreta: la venida al barrio de niños de familias afectadas por la riada y que procedían de otros barrios cercanos. El objetivo era acoger, acompañar, atender psicológicamente a los que habían sido maltratados por la riada del 96. Nuestra respuesta fue la puesta en marcha de un centro de acogida. Intentamos que la oferta de la informática hiciera atractivo el

aprendizaje, al tiempo que convivían con otros niños en la nueva situación. Lo que nació con vocación concreta se fue transformando en un programa continuado en el tiempo, llevado por jóvenes y adultos, que ha tenido como destinatarios a los chicos con más problemas del barrio, siempre en coordinación con Cáritas parroquial. Está siendo una plataforma de acercamiento afectivo y real a familias afectadas por la droga, el alcohol, la ludopatía, o a matrimonios separados, o, sencillamente, a los que fracasan en la escuela. Tenemos así otra forma de hablar y de estar cerca de estas personas en situaciones dolorosas. De acompañar a los niños, se ha ido pasando al acompañamiento a las propias familias y a tratar el foco del problema mismo.

- *Aula de mayores.* La comunidad se fue haciendo cada vez más consciente de estar en deuda con los mayores y de que en ellos tenía una memoria histórica que no podía obviar. Por otro lado, nos fuimos haciendo sensibles a esa nueva bolsa de pobreza que suponen los mayores que viven solos, especialmente las mujeres, que no encuentran fácilmente su sitio en los hogares de los pensionistas. Así surgió esta nueva iniciativa, en la cual ellos son protagonistas de la programación y nos transmiten la memoria perdida, con exposiciones de fotos, recuperación de canciones, folklore, etc., al tiempo que la comunidad les acoge y les proporciona un lugar de encuentro.

- *Centro de promoción de la mujer.* Constatado que algunas mujeres, como dijimos, eran las que soportaban el peso del hogar, y que en muchos casos les faltaban herramientas, cultura, etc., intentamos responder de diversas maneras. Una de ellas fue un programa anual de autoestima y habilidades sociales para mujeres. Y algo más ambicioso, procesual y continuado fue la creación del centro de promoción de la mujer, alentado desde el talante y estilo de los centros de cultura popular, con diferentes actividades, desde el aprendizaje básico de leer y escribir, expresarse en público, dialogar y compartir sentimientos, hasta los más diversos talleres que ellas misma elegían en asambleas de comienzo de curso. Hemos sido testigos de mujeres que se valoraban más, salían de complejos y traumas enquistados. De entre ellas, han salido miembros militantes de la comunidad parroquial. Especial acogida y atención merecen las mujeres

víctimas de violencia de género e inmigrantes, a las que había que motivar para asistir.

- *Visita a las casas.* Entendimos que el hogar, prolongación de las personas, es el mejor lugar de encuentro, de entender a las familias, así como de comprender sus valores y carencias. Ha sido cuidado tanto el primer anuncio misionero como las sucesivas visitas a las casas. Éste ha sido un ministerio ejercido fundamentalmente por los laicos. Especial mención merecen algunos momentos clave: nacimiento de un hijo, llegada al barrio, defunciones, enfermos, acogida a inmigrantes, etc.
- *Peregrinación de toda la comunidad a las casas de los enfermos o inválidos.* Dos veces al año, aprovechando dos actos populares (el Via crucis del viernes santo y la procesión del día del patrono, san Roque), el recorrido lo realizamos a las heridas de ese momento del barrio. Son procesiones solidarias: la comunidad sale y va hacia allí donde está el mejor icono de su Dios, y allí le reza y le reconoce. A ellos (enfermos, ancianos...) se les lleva un don de la comunidad, y ellos nos regalan su testimonio de vivir la enfermedad y el dolor de una manera en ocasiones heroica. Nos enseñan lo que en verdad es el ser humano.
- *Acciones de reivindicación* para dotaciones y servicios en el barrio, en coordinación con otras instancias. Desde la cercanía que nos supone los problemas de nuestra barriada, hemos estado presente en cuantas peticiones y reivindicaciones hemos visto necesarias, tanto con otros colectivos como iniciándolos nosotros y buscando otras adhesiones.

8. Para finalizar

La experiencia de la vida durante años en una comunidad parroquial de un barrio está llena de riquezas, matices, alegrías y momentos. Tan convencidos estamos de ello que suponemos que lo que hemos redactado aquí no expresa todo lo que nos habría gustado contar, pese al enorme esfuerzo de síntesis que nos ha costado escribir estas páginas.

Nos gustaría acabar recordándonos que se evangeliza con la palabra y con los signos. En un mundo saturado de palabras, no podemos olvidar los signos. Hemos de ser conscientes de que en

nuestra sociedad actual la Iglesia ha perdido significatividad, y que su palabra es poco escuchada. Por eso entendemos que las acciones hablan por sí solas. En muchas de ellas empiezan a trabajar como colaboradores habituales esas personas que llamamos «alejados» y que, sin haber participado en la vida litúrgica de la comunidad, sí participan de estas acciones para compartir los mismos objetivos con nosotros, iniciando sus procesos como cristianos. Precisamente, la alegría por los nuevos miembros de la comunidad puede servirnos de «termómetro» para evaluar y revisar la marcha de nuestras parroquias, su vitalidad y su ardor misionero.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

El Nuevo Testamento es la colección de escritos de una pequeña subcultura religiosa dentro del imperio romano que, surgida gracias a una nueva interpretación de la religión judía, en un periodo de cien años llegó a convertirse en una religión autónoma. La presente introducción ofrece un esbozo de las dos figuras históricas que más influyeron en su formación, Jesús y Pablo, y presenta el nacimiento de los escritos producidos (directa e indirectamente) por ellos en relación con la historia del cristianismo primitivo.

Gerd Theissen explica quiénes fueron los autores de los diferentes libros del Nuevo Testamento y por qué determinados escritos del cristianismo primitivo fueron incluidos en el canon, y otros no. En su estudio hace hincapié en el desarrollo del lenguaje formal literario y en la reflexión sobre el problema religioso fundamental que plantea el Nuevo Testamento, a saber: cómo, en un medio monoteísta, una figura humana pudo ocupar un lugar junto a Dios.

256 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 14,50 €**

ST 91 (2003) 657-668

Celebrar la presencia de Dios en la vida

Ángel Mario Ruiz Pérez
Blanca Sánchez Doménech
Lorenzo Herrero Sánchez*

«Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle, hondo, oscuro,
en soledad y llanto...
Estando Tú encubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?»

(Fray Luis de León)

Comenzaré estas líneas recordando dos imágenes de la infancia que me llamaban mucho la atención: la primera, cuando iba de viaje y descubría, en la lejanía del horizonte, la presencia de un pueblo por la majestuosa imagen de su iglesia y torre. Es posible que para muchos sea memoria de poderes pasados, pero para otros, no menos, lugar de descanso y punto de mira del que navega en busca de puerto seguro. Y, hablado de navegar y de puerto seguro, acude a mí la segunda de las imágenes. En las noches de bruma, «orbayu», misterio y duendes que envuelven las bravas y escarpadas costas del Cantábrico, aparecen, cortas pero intensas, unas ráfagas de luz que, lanzadas al infinito por los incontables faros que las pueblan, vencen la oscuridad y se convierten en guía de innumerables navegantes. Perplejidad y asombro. Esperanza y cercanía. Temor y aliento. Proximidad y deseo de unos brazos abiertos y de una casa caliente.

* *Ángel Mario Ruiz Pérez* es Párroco de «La Ascensión del Señor» («La Campana») en Carabanchel (Madrid). *Blanca Sánchez Doménech* colabora en la Formación de Adultos y en el Equipo de liturgia. *Lorenzo Herrero Sánchez* es Universitario y Educador y colabora en los Grupos Formativos «La Campana» de dicha parroquia.

Ambas imágenes son punto cardinal, brújula, para el que por tierra o por mar desea llegar a algún sitio. Eso mismo –referencia, memoria viva del Señor Jesús– tratamos de ser las gentes que navegamos por estos mares de lo que fueron las periferias urbanas de la Capital.

A modo de presentación, os contaremos, que nuestra Parroquia se encuentra ubicada en Carabanchel. Más conocido por la «Cárcel» en tiempos pasados, y por «Manolito Gafotas» y otros relatos de Elvira Lindo en los presentes, que por la populosa población que supera los trescientos mil habitantes. Bajo la advocación de «Ascensión del Señor», como queda reflejado en las palabras de Fray Luis de León que abren estas páginas, y vulgarmente conocida como «la Campana», vivimos de doce a catorce mil personas que desde finales de los años sesenta quedamos «canónicamente» constituidos como Parroquia. Por aquello de «no tener», no tenemos prácticamente nada. Un templo pequeño y unos locales prestados por las Hijas de la Caridad. Y como sabemos bien lo que significa vivir de prestado, en la actualidad hacemos verdad lo de la solidaridad de los pobres, cediendo nuestra «pequeña campana» a los de al lado, que aún tienen menos que nosotros y han de conformarse con escuchar atónitos, por la proximidad, las «músicas celestes» de las campanas de la Catedral de la Almudena.

Esto de los locales, que para muchos sería un problema, para nosotros marca un estilo. Parafraseando a San Vicente de Paúl, hacemos nuestro su consejo: «que vuestro claustro sea la calle».

Estas circunstancias nos invitan continuamente a valorar y disfrutar de las cosas pequeñas y a unirnos ante las dificultades y penurias que han supuesto el nacimiento y la consolidación de una parroquia en estos barrios periféricos. El deseo y la esperanza de los que *«pensaban y sentían lo mismo..., tenían en común todas las cosas y daban testimonio con gran energía de la resurrección de Jesús»* es también el nuestro.

Hace unos días, una joven de la «Escuela de Parejas» me entregaba una carta que le había escrito a su novio y que quería utilizar para el día de su boda. Comencé a leerla, y en la sexta línea decía: *«Te he entregado mis manos, mis besos, mi perfección y mis ganas de vivir, mi aliento y mi bondad»*. Levanté la vista, la miré, y el rubor inundó su rostro. Hablar de uno mismo, de nuestro trabajo, desnudar nuestras intimidades, produce sonrojo. Leednos, pues, sa-

biendo que también nosotros nos ruborizamos de las cosas que escribimos, y ojalá os quede paciencia para pasar de la sexta línea.

Cuando los amigos de *Sal Terrae* me pidieron que escribiera sobre cómo celebrábamos en nuestra parroquia la presencia de Dios en la vida, pensé que ése no era un trabajo para realizar en solitario. Si de celebrar se trata, poco se puede hacer en solitario. Cada hecho narrado, cada imagen, es para nosotros memoria y rostro de lo vivido. Esperanza de lo que está por venir. Es en los demás y con los demás donde nuestra vida se hace fiesta. Celebración.

Tres modos, tres maneras distintas de expresión, de describir. Tres momentos a través de los cuales Blanca, Lorenzo y yo mismo os introducimos en nuestro modo de hacer que la fiesta arranque a la gente humilde de la dura realidad cotidiana y anime sus corazones y sus labios expresen: *«Cuando te nace un hijo, es lo más maravilloso que te puede suceder. Pero, Señor, cuando se te va, te queda un vacío tremendo. Nosotros hemos tenido cuatro. Ya se nos han ido dos. Es duro tener que dar gracias a Dios, pero tenemos que pensar que todavía nos quedan otros dos, a los que seguimos queriendo como siempre. Os agradecemos a los familiares, amigos, vecinos, a todos, el apoyo que nos habéis dado. Muchas gracias. Os queremos»*. El dolor de Aquilino y María Teresa se torna bella melodía de esperanza para los que allí estamos. Sentimos la presencia de Dios, celebramos la VIDA.

En lo cotidiano

La nuestra es una parroquia de gente sencilla que, cuando se reúne a celebrar la fe, no lo hace ajena al discurrir de la vida; y es que no podría, porque el rostro que te sonríe al darte la paz en la Eucaristía de un domingo cualquiera es el mismo que encontrarás mañana en el autobús para ir al centro, en la panadería, o esperando a los niños a la salida del colegio. Y el beso o el apretón de manos, además de los deseos de paz, incluye también esa palabra no dicha de ¡ánimo! o ¡adelante!, porque sabes que el que está a tu lado lo está pasando mal por alguna circunstancia que conoces; una vez serán los resultados de unas pruebas médicas que espera con impaciencia, o la preocupación por el hijo, en el que se han puesto tantas esperanzas y al que ve alejarse de lo que él cree que es fuente de dicha y felicidad.

Nuestra parroquia tiene un templo pequeño, y eso, aunque parezca que no, tiene sus ventajas. Vemos bien a los que están de fren-

te o al lado; y como hay confianza, si hay que volverse en algún momento a mirar a los de atrás, también lo hacemos. Surge así esa otra comunicación no verbal de la mirada, la sonrisa, la emoción apenas contenida y, ¿por qué no?, también nos permite adivinar la preocupación o la tristeza del otro, esa que también ha traspasado el umbral de la puerta y que seguro que el Dios de la vida acoge como suya. Sí, es fácil la comunicación. Un día, un niño nos sorprende con la buena noticia de que es el cumpleaños de su abuelo, allí presente, y se puede dar la bienvenida al que vive fuera y se acerca en fechas señaladas, como la Navidad, o hacer un hueco cuando se advierte que hay alguien atrás, de pie, que está aún convaleciente de una operación.

Nuestra Parroquia es así: gente que trabaja, que disfruta, que se alegra y que también llora, que a veces sufre por ese desencuentro o malentendido que surge en toda convivencia, que cree, que espera, que piensa que las cosas pueden ser mejor y se esfuerza en que así sea, aunque a veces se cansa; gente que se equivoca, que reza, que celebra...

Cada celebración es algo importante y gozoso, algo que se espera y se prepara, algo que rompe de alguna manera con lo cotidiano, pero que a la vez recoge el vivir de cada día y lo presenta a Aquel que nos convoca, a Aquel que ha sido capaz de crear unos lazos entre nosotros que no vienen dados por la sangre, ni siquiera por ser del mismo lugar o venir del mismo ambiente. Aquel que ha suscitado en nosotros la amistad, la fraternidad, el compromiso común en la construcción del Reino..., aquel, en definitiva, que nos lleva, muchas veces de una forma no totalmente consciente o racionalizada, a celebrar su presencia en nuestras vidas. Y así surgen y se esperan las celebraciones penitenciales al empezar y acabar el curso, en Adviento y en Cuaresma, los días solemnes y compartidos, ya desde el desayuno en común o la limpieza y el adorno del templo en la Semana Santa, el estallido de alegría que representa la Vigilia Pascual, en la que, cantando, pasamos todos por la pila Bautismal para sentir la novedad y la frescura del agua recién bendecida, que *«hay que nacer del agua y del Espíritu»,* la Vigilia de Pentecostés, y los «viernes comunitarios», ese último viernes de cada mes, en que nos reunimos a rezar o a compartir lo que pensamos y sentimos... y también algo de comer, que la mesa, la comensalidad crea ambiente de familia y hasta es precursora de esa otra mesa que es la Eucaristía de cada domingo.

Precisamente hoy es domingo. La Eucaristía nos congrega. A las nueve, a las once con los niños, a las doce o a la una. Cada celebración tiene sus habituales, pero en todas se participa: unimos nuestras voces para cantar, para rezar; abrimos nuestras manos para acoger lo que Dios quiera dejarnos en ellas; nos las estrechamos o nos damos un beso como signo de paz. Sí, como en todos los sitios, pero con tiempo y con trabajo, con cercanía y verdad, se ha ido creando algo así como «un estilo», algo que identifica, eso que descubres, por ejemplo, cuando vuelves tras las vacaciones y te hace decir: ¡ya estoy en casa!.

Sí, hoy es domingo, pero es un domingo especial; es la Ascensión del Señor, la fiesta de la Parroquia. Cada celebración ha concluido con un pequeño refrigerio que ha prolongado ese estar juntos, ese rato para hacer partícipes a los otros de lo que ha sido la semana, de nuestro vivir de cada día. En la Eucaristía de la una, el párroco, que es quien preside, invita a subir al altar, en el ofertorio, a Angelina y a Plácido, su marido. El viernes pasado, junto a un grupo de jóvenes de entre diecinueve y veintitantos años, Angelina recibió la plenitud del Espíritu en el sacramento de la Confirmación; su marido fue el padrino, y con ellos ya en el altar nos decía el párroco que se había dado cuenta de que el beso que se habían dado después de la celebración recogía la felicitación por la Confirmación, por el montón de años de matrimonio... ¡tantos como cuarenta! Por el Bautismo y hasta por la Primera Comunión. Sí, en definitiva, se felicitaban por la presencia de Dios en sus vidas y por poder disfrutar de estos lugares, «tiempo y espacio» en que esta presencia es celebrada en la comunidad.

Este año las Confirmaciones han dado un color especial a la fiesta de la Parroquia; la han adelantado o, mejor, prolongado hacia adelante, en el tiempo. A muchos de los que desde «cierta madurez» –tienen toda la vida para seguir madurando– y desde esa libertad recién estrenada que da la mayoría de edad pedían la fuerza del Espíritu para seguir al Maestro de Nazaret, esta comunidad parroquial les había acompañado desde su Bautismo, había tenido la alegría de acogerlos entre aplausos cuando les fueron presentados, hacer la señal de la cruz en su frente o tenerlos en brazos algún ratito durante aquella celebración, gestos que habitualmente se hacen en la celebración de los Bautismos. Esta comunidad había sido testigo de cómo aquella vela que se les entregó ese día, para que pudieran encenderla y recordar cada aniversario, había ido haciéndose

chiquitita mientras ellos iban creciendo en edad, en estatura y en deseos de conocer y seguir a Jesús, y también de cómo a la par crecían en ciencia gracias al estudio, o daban sus primeros pasos en el mundo del trabajo, o se enamoraban... Esta Comunidad recordaba cómo el día de su Primera Comunión, el día en que se habían incorporado de forma plena a la mesa de los mayores, había pedido al Señor que ninguno de ellos borrase su nombre de aquella lista que la catequista ofrecía con los nombres de todos; había pedido al Señor que permaneciesen fieles en la fe que habían profesado, en el deseo de seguir a Jesús que habían expresado dando un beso al libro de la Palabra de Dios; sí, el Dios de la vida, una vez más, mimaba a esta comunidad, le permitía celebrar su presencia en tanta vida compartida; porque la biografía de los que esta tarde se confirmaban se había ido tejiendo a la sombra familiar y acogedora de esta Campana. Luego hubo merienda, sangría, refrescos...: todo preparado y servido por la gente de la parroquia, merienda que prolongó una vez más el encuentro y la fiesta.

El lunes próximo, como otras muchas veces, nos reuniremos a celebrar la presencia de Dios en ese último acto de la vida que es la muerte, muerte que desde la fe celebramos como el paso a la vida definitiva, resucitada; muerte que muchas veces nos da ocasión a los vivos de expresar nuestro cariño, nuestro reconocimiento, nuestra solidaridad. Rezaremos por Avelina, daremos gracias a Dios por lo que ha significado su vida y acompañaremos a Lumi, su hija, como también hemos procurado acompañarla en estos días previos de lucha contra la enfermedad. De nuevo nuestra presencia, nuestra oración, nuestro canto, nuestras muestras de afecto, nuestro reconocimiento común de la presencia de Dios, también cuando la vida se nos pone triste, será motivo de esperanza y, ¡cómo no!, testimonio de la fe que nos anima para aquellos que únicamente desde el afecto o la solidaridad acuden a estas celebraciones. También este día –cosa de las fechas– algunos recordaremos que veinticuatro años antes se ordenó nuestro párroco, y daremos gracias a Dios por tanta vida gastada entre nosotros, con esplendidez y hasta derroche.

Y luego vendrá el martes, y el miércoles... Y otra vez el domingo, y quizá en la Eucaristía demos gracias, entre tantas cosas, porque una pareja de nuestra comunidad celebra sus veinticinco años de matrimonio, y renuevan la promesa de amor y fidelidad que se hicieron, aunque ahora no lo vean «tan claro», ¿verdad, Dori?, y no por razones del corazón, sino de la vista cansada. Veinticinco años

de amor y fidelidad han podido cansar la vista, pero no el ánimo y el propósito de mantener aquella promesa; y nos reímos y bromeamos a costa de las lentes progresivas que juegan tan malas pasadas.

En fin, es la vida que pasa; vida en la que Dios es presencia y acompañamiento, quizá no espectacular, pero siempre respetuosa, paciente, constante; quizá no siempre reconocida, o al menos no siempre hecha consciente, pero que, sin embargo, a muchos nos empuja a celebrarla, y en la celebración disfrutamos y salimos con el convencimiento de que nuestra vida sencilla, esa que, vista sólo con los ojos, quizá no tiene nada de especial, a los ojos del corazón nos resulta de lo más maravillosa, porque está habitada –a veces hasta a pesar nuestro: ¡la de resistencias que ponemos!– por el que todo lo hace nuevo y cuenta con nosotros y sigue brindándonos la oportunidad de hacer de cada jornada una auténtica celebración.

En lo particular

Otro año más, he tenido el gusto de poder vivir la Pascua en el marco de una Pascua Joven. Y digo «el gusto» porque me alegra ver que no somos tan pocos los jóvenes que preferimos dedicar estas vacaciones a reflexionar y a vivir algo que para los cristianos debería ser el eje fundamental de su vida: la Resurrección de Jesús. Cuando uno ve en la televisión los atascos de la «operación salida», las calles sevillanas abarrotadas de gente al paso de las procesiones, o las playas de Levante completamente cubiertas por sombrillas y toallas, se da cuenta de que es un bicho raro. Y es que, en definitiva, el ser cristiano muchas veces supone ir contra corriente, porque, la verdad, hay que ser raro para decidir quedarse en Madrid y levantarse a las ocho para ir a la parroquia, en vez de ir a Gandía, por ejemplo, a remojarse y coger bronceado para lucir a la vuelta. Y lo importante es que uno lo decide, nadie le obliga, ni siquiera las circunstancias. Y al decidirlo, uno disfruta, porque no hay nada más placentero que hacer lo que uno quiere. Así que, enmarcados en el madrileño barrio de Carabanchel, más amplios que nunca, puesto que muchos de nuestros convecinos disfrutan de la Semana Santa en su pueblo, en Sevilla o en la costa levantina, nos disponemos a vivir, otro año más, la Pascua.

Nuestra Pascua Joven es algo especial; no huimos del mundanal ruido buscando la descansada vida, que diría Fray Luis de León, no

nos vamos lejos, no nos insonorizamos; y no porque despreciemos la paz y la calma que se respira en monasterios, abadías y demás sitios destinados a la oración, sino porque queremos vivir junto a los nuestros, la gente de nuestra parroquia, la alegría de la Resurrección. ¿De qué nos vale tener «éxtasis de oración» propiciados por el lugar, el ambiente o el silencio reinante, si uno no es capaz de disfrutar con la gente más cercana, con su comunidad parroquial?.

Nuestra Pascua Joven es algo especial, ya lo he dicho; y lo es porque es joven, pero integrada dentro de las actividades de la parroquia. Aunque disponemos de momentos sólo nuestros destinados a la reflexión, que quizá por nuestra juventud hayan de ir encaminados hacia cosas muy concretas (pues ponernos a revisar nuestra vida a la luz del Evangelio, así en general, puede resultar una tarea estéril y desalentadora), casi todo lo demás es compartido con la gente del barrio, con la gente que trabaja en la Parroquia: catequistas, equipo de liturgia, gente de Cáritas...

El esquema de lo que nosotros llamamos «Pascua Joven» es muy simple; consiste principalmente en participar de todas las actividades que la parroquia proponga durante esos días: las celebraciones del Triduo Pascual, los Laudes, la Hora Santa, el Vía Crucis... Tras rezar los Laudes, cada mañana, desayunamos todos juntos; un buen desayuno a base de café, colacao, churros y porras. Durante ese rato, reinan las risas, y el ambiente es distendido: no todo va a ser rezar y reflexionar; hay que dejar lugar al compartir cosas más sencillas, como la comida. Luego nosotros, los más jóvenes, nos juntamos un rato para reflexionar sobre un tema; este año nos hemos centrado en la Esperanza. Tras un rato de reflexión, llega la puesta en común. Aunque nadie está obligado a compartir lo que él ha reflexionado, si no lo hace sabe que nos priva a los demás de «otra manera de ver». Normalmente, tenemos dos momentos de reunión por la mañana; luego preparamos la mesa, una mesa que es de todos, pues la comida es compartida, cada uno trae algo: tortilla, empanada, tarta... Y así todos podemos disfrutar de ello. Después de comer hay un pequeño momento de esparcimiento para tomar café, jugar una partida de mus o trastear un rato con la guitarra intentando arrancar de sus cuerdas algunas notas. Por la tarde tenemos únicamente un momento de reflexión orientado a lo que vamos a celebrar. Esta reflexión suele quedarse siempre corta de tiempo, pues tenemos que subir a la iglesia para unirnos al resto de la comunidad

en la celebración. Solemos llegar un poquito antes, por si somos necesarios a la hora de realizar una lectura, la colecta, las preces...: algo a lo que siempre estamos dispuestos. Las celebraciones de Semana Santa en nuestra parroquia están impregnadas de solemnidad, la procesión de entrada, el incienso... ,con lo que se recalca de manera visual la importancia de lo que celebramos.

Aparte de las celebraciones propias del triduo pascual, también tenemos otros momentos de oración junto a la comunidad parroquial. El jueves, entrada ya la noche, nos juntamos para rezar en la Hora Santa. Este momento es el resultado de hacer vida lo que Jesús vivió en Getsemaní; es preguntarse dónde y cómo estamos nosotros cuando en nuestro mundo se condena a muerte a Jesús. Podemos estar durmiendo como los apóstoles o podemos estar denunciando la injusticia cometida. Así, leyendo el Evangelio, rezando y reflexionando sobre las grandes injusticias de nuestro mundo y las más pequeñas que cometemos cada día, pasamos una hora acompañando a Jesús en su oración antes de ser entregado.

El viernes por la mañana realizamos el Vía Crucis; y digo «realizamos» porque lo preparamos los jóvenes. Nuestra juventud nos impide repetir oraciones sin más, nuestro dinamismo se rebela, y es por eso por lo que en ese Jesús que va al madero se reflejan todos los crucificados de nuestro mundo, inmigrantes, parados, ancianos... Y de esa manera, acercándonos a la realidad de hoy, ser capaces de entender la muerte en cruz. El Vía Crucis se realiza al aire libre, y es mucha la gente de la parroquia que participa en él.

El Sábado por la mañana, las reuniones dan paso al encuentro personal, a la interiorización. La figura del desierto nos ayuda. El desierto consiste en tres horas para que uno, a la luz de varios textos y del Evangelio, haga reflexión del momento que vive y adónde quiere encaminar su vida. Así dicho, suena fuerte, pero no hay que plantearse grandes metas; es un buen momento para releer el proyecto personal de vida de cada uno y darse cuenta de que no todo va tan bien como a veces en la vorágine creemos ver, ni que todo va tan mal como pensamos cuando la vida se pone un poco cuesta arriba.

Una vez explicada la Pascua Joven, he de decir que donde se resume es en la Vigilia Pascual. El Sábado, a la diez de la noche, tiene lugar un hecho insólito: una eucaristía en la que se leen siete lecturas y siete salmos, una epístola y el Evangelio resulta la celebración más breve del año. Y es esa noche cuando, por encima de todo, siento la presencia de Dios, y sé que es entre nosotros –jóve-

nes, niños, ancianos y adultos– donde Dios se hace presente. Y esta Pascua de manera más especial todavía, pues me alegra comprobar que Cristo sigue obrando milagros; futboleros confesos abandonan un Real Madrid-Barcelona para celebrar junto a todos la alegría de Jesús Resucitado. Y por eso la celebración es la mayor fiesta del año; cantamos –que es rezar dos veces–, damos palmas y, ante todo, compartimos nuestra felicidad unos con otros. Y es en esa noche cuando las guitarras vencen el sueño de sus trastes y suenan mejor que nunca; y es en esa noche cuando el *djembé* inunda la iglesia con esa percusión estruendosa; y es en esa noche cuando las campanas, haciendo honor al nombre de nuestra parroquia, repican con más fuerza, acallando incluso nuestras gargantas al cantar el Gloria. Y es en esa noche cuando Dios se hace visible en aquel a quien no conozco pero que, casualmente, se ha sentado junto a mí en el banco. Y la eucaristía terminará cerca de la una, pero nuestra alegría no nos permitirá marchamos a dormir sin felicitamos unos a otros la Pascua y compartir algún placer más terrenal, como la sidra o el baile.

Y si, después de haber leído esto, sigues queriendo pasar la Semana Santa en Gandía o al abrigo de una abadía, espero que entiendas por qué hay un puñado de raros que prefieren vivir la Pascua en comunidad, con su comunidad, la de «La Campana».

Palabras y gestos que son y hacen «estilo»...

De lo que hemos descrito anteriormente se desprende que las experiencias personales, las realidades vividas por cada uno, tienen la suficiente riqueza en sí mismas para ser celebradas y compartidas por todos. La cercanía, la sencillez, lo compartido, lo particular y lo común de la vida, junto a unos «mínimos estructurales» –que no ahoguen lo que entra por los sentidos– ayudan a descubrir el rostro, la imagen, la presencia de Dios en el hermano. Desde ahí, celebrar a Dios en la vida no resulta difícil. Sí, hace falta intuición, frescura, cuidar lo estético, las luces, las flores, recuperar los símbolos cristianos y su fuerza, ayudar a la participación, crecer en deseos de recuperar el significado hondo –revivificador– de lo que se celebra, para que surja la fiesta y, de este modo, también se torne celebración sacramental.

Ahora te proponemos un pequeño ejercicio para que tú mismo, paciente lector, participes también de nuestro modo de ser y cele-

brar. Subraya todas aquellas palabras que hacen referencia a la vida: rostro, sonrisa, mirada, ánimo, sufrimiento, etc., y ponlas en una columna. Subraya con otro color y pon en otra columna todos aquellos verbos que implican acciones: trabajar, disfrutar, convivir, crecer, rezar, comer, esperar... En medio escribe: «Celebrar a Dios en la vida». Piensa en la última celebración a la que asististe. Haz lo mismo. ¿El resultado? Así nos gusta ser, así queremos ser.

Conclusión

Si has llegado hasta aquí, gracias. Es el momento de desvelar el significado de esas dos imágenes del inicio. Nuestra parroquia. Sus gentes. Las de ahora. Las de hace unos años. Las que llegaron desde esos pueblos –por aquí casi todo el mundo tiene «pueblo»– a formar estos barrios, con mentalidad de TEMPLO, y han sufrido las duras embestidas del desarraigo, la secularización, el individualismo, el consumismo... Pero ellos, sus hijos, nosotros mismos y otros venidos de fuera, «piedras vivas», somos la segunda imagen: FAROS. Pequeñas ráfagas de luz. Brumas y «orbayu» del Cantábrico. Proximidad y deseo de unos brazos abiertos y una casa caliente. Así celebramos por estos pagos a Dios en la vida.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

El presente libro narra la biografía de una mujer excepcional que en un determinado momento de su vida se rebela y decide seguir su propio camino derribando todo tipo de barreras sociales y prescindiendo de cualesquiera fronteras establecidas por los seres humanos, con una confianza ciega en Jesús, «el Señor de lo imposible». Es la historia de una mujer que en el espíritu de Charles de Foucauld, y deseando abrir a la Iglesia a los signos de su tiempo, fundó en 1939 la Fraternidad de las Hermanitas de Jesús, que no tardó en extenderse por todo el mundo.

Carentes de la seguridad material de otras instituciones caritativas y de todo tipo de posesiones, las Hermanitas siguen viviendo del trabajo de sus manos y compartiendo su existencia, como «contemplativas en medio del mundo», con gitanos y nómadas y con todo tipo de marginados. Estas páginas animan a quienes desean ser contemplativos en la vida cotidiana a confiar en sus deseos más profundos y descubrir en ellos las huellas de Dios.

248 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 12,50 €**

ST 91 (2003) 669-684

La comunión eclesial

José María Avendaño Perea*

«Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros» (Jn 17,21-22)

Si «para hablar de Dios hay que mirar a los ojos a la gente», como me refería María Luisa, mujer curtida por el amor y el desamor, mujer valiente que alberga en su persona una «fe sufrida» y «comunitaria», sin lugar a dudas para hablar de comunión-fraternidad Dios nos invita cada jornada a educar nuestro mirar al alma humana, admirar y contemplar al «otro» como quien nos posibilita ser con nuevas y plurales potencialidades. Así, con todo nuestro ser centrado en Dios, en la Trinidad Santa, desde un barrio de Leganés y una comunidad parroquial, la Parroquia de San Nicasio, desde la experiencia de Dios de una laica, una religiosa y un presbítero insertos en dicha parroquia, compartimos con vosotros nuestra fe en este lugar concreto –encarnado, eso sí, y sin que suene a pedantería–, con la sencillez y humildad de quienes nos llamamos hermanos e hijos del Dios de Jesucristo, progresando cada día en el amor y en una mayor comunión eclesial.

Beber en las fuentes de la Trinidad Santísima nos conduce a apostar por la parroquia como una manera y mediación, entre otras muchas, de ir proclamando la belleza del Evangelio en diferentes «andamios de esperanza» junto a las gentes con las que convivimos y compartimos el «tesoro» de nuestra vida. ¡Qué hermosa la expresión fraterna de Etti Hillesum con la que nos sentimos identificados: *«...le he dicho a un amigo como si fuera la cosa más natural del mundo (¿y acaso no es así?): "ya ves, yo creo en Dios". ¿Será esa la razón de que me haya sentido el resto del día tan radiante y tan fuerte? Haber sabido decir con tanta sencillez, como algo que mana de la fuente... en este barrio popular: "sí, ya ves, yo creo en Dios"»*[1].

---

* Párroco. Parroquia de San Nicasio. Leganés (Madrid).

1. Etty Hillesum. *Une vie bouleversee,* Ed. du Seuil, Basunn (Pays Bas) 1995.

1. Admiramos y contemplamos a la Trinidad Santa

> «...y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y venía sobre él. Y una voz que salía de los cielos decía: "Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco"» (Mt 3,16-17).

Contemplar el misterio trinitario es llenarse de satisfacción y alegría por sentirse abrazados por la gracia y partícipes de la salvación. Decía Karl Barth: «la Trinidad de Dios es el misterio de su belleza. Negarla es tener un Dios sin resplandor, sin alegría (¡y sin humor!), un Dios sin belleza»[2].

La belleza de Dios se ha manifestado en el hombre y la mujer, en toda la creación; de ahí que la gloria de la Trinidad aparezca en la admiración de las personas, los «amados del Señor» (2 Tes 2,13), y en la radical afirmación del amor de Dios: «Dios ha amado tanto al mundo que le he entregado a su propio Hijo Único» (Jn 3,16).

La comunión entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo es gloria en la diversidad de personas y en la unidad de comunión; por eso, cuando una persona, una comunidad, una parroquia –en este caso, la parroquia de San Nicasio– contempla con «mirada mística» este insondable misterio, el talante que brota es el de bendecir, alabar, glorificar y dar gracias a todas horas; y todo se convierte en sacramento de su Presencia y en huellas de su paso: «¡Oh, bosques y espesuras plantados por la mano del Amado!», como gustaba expresar San Juan de la Cruz.

Ir tomando conciencia de estar sostenidos por esta presencia de comunión trinitaria nos conduce por estas lindes de Leganés, en la diócesis de Getafe, a ir madurando y acompañando con un estilo misionero y en una vida comunitaria y fraterna.

Beber en las fuentes de la Trinidad Santa comporta colaborar con Dios en establecer la comunión en la tierra, ahora acogiendo y compartiendo, ahora con denuncia profética en favor de los excluidos, «los heridos de la vida», los hijos e hijas de Dios en quienes la sociedad y la Iglesia más se duelen, o ahora avivando el perdón y la esperanza.

2. K. Barth, *Kirchliche Dogmatik* II,1,2.

2. «Haciendo camino al andar», que es también tu camino

> «Recorrió a continuación ciudades y pueblos, proclamando y anunciando la Buena Nueva, del Reino de Dios; le acompañaban los Doce y algunas mujeres que habían sido curadas» (Lc 8,1-3).

Cuando tú, yo o nosotros amanecemos cada mañana, creo que no me equivoco si digo que estamos convencidos de «la más hermosa historia de amor jamás contada» y encarnada en Jesucristo: que Dios es Amor. La Trinidad de Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo afirma que Dios nos ama. En palabras de Josep Mª Rovira Belloso: «decir que la divinidad es amor es reconocer, precisamente, que el Padre es todo donación para el Hijo, hecho una sola cosa con el Padre en la fuerza unitiva del Espíritu que los abraza»[3].

El concepto de Comunión según el Nuevo Testamento, que es el que queremos que fundamente también nuestro talante parroquial, requiere no sólo ser una comunidad que comparte cosas, sino una comunidad de salvación en la que se comparte la relación con las personas divinas, alimentada por la fe, por el Bautismo, por la actuación en la caridad; esta acción es fruto que mana del Cuerpo Místico de Cristo y se extiende para levantar «a los miembros pobres y a los que sufren o son perseguidos por la justicia» (LG 23; Mt 5,10).

No resulta fácil aceptar la pluralidad. Han cambiado las circunstancias, y mucha gente se sitúa entre la increencia y la indiferencia religiosa. Avivar el trabajo de comunión en una parroquia hace que volvamos a plantearnos la necesidad de la actividad misionera. Desde ahí contemplamos en nuestros planes pastorales lo que la gente parece pedir, lo que la Iglesia puede ofrecer y los medios capaces de canalizar dicha oferta. Percibimos cómo las personas de nuestro entorno necesitan acompañamiento en la búsqueda del sentido de la vida, solidaridad para afrontar y vivir el día a día, ayuda para ser coherentes en la relación con Dios y con el prójimo, mayor fraternidad frente a tanta parcelación.

Experimentamos que una vida eclesial en fraternidad consigue hacernos madurar por las posturas de los demás, porque vamos acogiendo con gozo pascual esa Luz capaz de «iluminar los ojos de nuestro corazón». En su reciente carta apostólica ante el nuevo mi-

3. J.Mª Rovira Belloso, *Vivir en Comunión,* Secretariado Trinitario, Salamanca 1991, 35.

lenio, dice Juan Pablo II: «espiritualidad de comunión significa... capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo Místico y, por tanto, como "uno que me pertenece", para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Es ver todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios»[4].

Es claro que, cuando nos ponemos en camino según el Espíritu de Jesús de Nazaret, resulta imposible no anunciar el amor gratuito del Padre por cada persona. De esta afirmación damos fe por estos lugares eclesiales en la vida de José, obrero de la construcción con un corazón que no le cabe en el pecho para Dios y para quien lo necesite; o en la vida de Juliana, que desde el grupo de la limpieza de la parroquia cuida como oro en paño el templo, para que quien llegue se encuentre a gusto; o «como en su casa» cuando alguien excluido llama a la puerta, y Mariano o Mónica, desde Cáritas, le brindan el regalo de la fraternidad.

Vivimos esperanzados porque estos «ejes diamantinos de nuestra fe», como le gustaba decir al bueno de Fernando Urbina, dan sentido a testigos del Resucitado amasados en la levadura bendita de historias evangélicas anónimas de «gente feliz» (D. Aleixandre). Como la vida misma de Enrique, Luis, Maura, Petra, Socorro... nos reflejan el rostro fraterno y comunitario del Dios de Jesucristo. Nos unimos a la reflexión del amigo Juan Martín Velasco, hombre con el corazón puesto en Dios y los pies en la tierra, al afirmar desde su camino eclesial: «porque tales comunidades existen, modestas y generosas, aunque llenas de limitaciones, ...la esperanza brilla discretamente en ellas. Yo estoy seguro de que todos conocemos a personas y a grupos cristianos cuya manera de vivir esta haciendo presente a Dios y su amor, difundiendo así el buen aroma de Cristo y haciendo más creíble el nombre cristiano»[5].

---

4. JUAN PABLO II, *Novo Millenio Ineunte,* San Pablo, Madrid 2001, 65.
5. J. MARTIN VELASCO, *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea,* Sal Terrae, Santander 2001, 141.

3. Comunión-fraternidad desde la encarnación

> «Al día siguiente, cuando bajaron del monte, salió al encuentro mucha gente. En esto, un hombre de entre la gente empezó a gritar: "¡Maestro te suplico que mires a mi hijo porque es el único que tengo!"» (Lc 9,37-38).

La comunidad parroquial de San Nicasio madruga cada mañana convencida de que es hogar y ambiente, para dejar pasar la Palabra que se adentra en los corazones de los fieles y que, con el soplo y el aliento del Espíritu, hace brotar y transmitir la fe. La parroquia no sólo predica una mayor humanización, sino que hace que se reconozcan capacidades, dones, aptitudes y servicios, aunque sean pequeños, pero que llevan en sí la fuerza transformadora del «grano de mostaza» anunciado por Jesús. Entre nosotros, los valores se muestran vivos y dejan tras de sí unas huellas que contribuyen a hacer más habitable el barrio, el pueblo o la ciudad, transmitiendo un tesoro difícil de encontrar en otros sitios.

Desde el espíritu del Concilio Vaticano II entendemos como parte nuclear que la eclesialidad se resume y sintetiza en el Evangelio, en la Eucaristía, en la comunión entre nosotros y con nuestro Obispo (LG 26); y esto nos permite mirar con mirada pascual, porque hemos puesto colirio resucitador a nuestro entorno, y colaborar en la construcción del bien común con todo hombre y mujer de «limpio corazón y buena voluntad». En nuestro barrio, en el vivir cotidiano experimentamos cada día la grandeza del pulular de cada uno desde el lugar que le corresponde, con experiencias vitales y motivaciones diferentes y desde sus medios concretos. Un barrio que –cuentan los mayores– eran apenas unas pocas construcciones, y lo demás campo, calles sin asfaltar... Poco a poco, y con el esfuerzo de muchos, se fueron creando servicios: colegios, centros de salud, centros cívicos, líneas de autobuses, trenes..., hasta llegar a la recientemente inaugurada línea de metro.

Muchos vecinos viven esta situación como el final de las grandes luchas: ahora se vive cómodamente, se ha conseguido lo necesario, y sólo queda disfrutarlo. Si alguien quiere mejorar, se muda a barrios más céntricos o con más servicios. Pero también vivimos y convivimos muchas personas, grupos diferentes que desde asociaciones, Servicios Sociales Municipales, distintos grupos parroquiales, comunidades de religiosas... vamos encontrándonos con los

más empobrecidos, proponiendo alternativas, buscando, fracasando, volviendo a buscar...

He aquí algunas de las posibilidades en el trabajo evangelizador, edificando la comunión hacia fuera, en colaboración y coordinación con quienes buscan y fortalecen el bien, en todo momento alentados por el Espíritu.

No podemos prescindir unos de otros

Los que estamos en la tarea cotidiana de estar con los empobrecidos descubrimos desde la más pura realidad este hecho: el injusto reparto de la riqueza en nuestro mundo es tan brutal que genera cada vez más y más marginados, empobrecidos, excluidos.

La denuncia profética no puede ir por libre, no es eficaz, no podemos responder a todas y cada una de las necesidades. Sólo podemos atender mínimamente a una pequeña parcela de esa vasta realidad. Por eso, aunque la institución o asociación a veces pretenda otra cosa, en el hacer cotidiano realizamos acciones comunes y complementarias. Ya sea desde una postura creyente o desde el altruismo gratuito (grupos de Cáritas, aulas de cultura, trabajadores sociales del Ayuntamiento o de asociaciones, educadores, Asociaciones de vecinos), todos nos encontramos ante un mismo reto, y es muy frecuente que nos sentemos a hablar sobre una misma persona o familia o sobre una misma situación, para ver cómo dar una respuesta que realmente ayude a avanzar. Se trata de «tratar a los demás como quieres que traten a ti» (Mt 7,12). El descubrimiento de necesitarnos mutuamente es lo más hermoso que podemos vivir y la forma de ser «algo más que dos» en esta realidad. Aquí ya no importa de dónde vienes o cuáles son tus ideas o creencias; nos une un mismo objetivo: poner un poco de humanidad para que esta realidad se vaya transformando y sea más habitable para todos.

La pluralidad como valor

Cuando somos capaces de superar ese individualismo, tanto personal como institucional, descubrimos que el otro también tiene mucho que aportar. Descubrir lo diferente como un valor, tratar de entenderlo e interiorizarlo, nos ayuda a valorarlo y, además, a acoger y entender también lo nuestro. Compartir lo diferente es positivo y abre horizontes. Experiencias nada extraordinarias: compartir una comida colombiana o marroquí; ver cómo en una reunión cada

uno aporta su visión (el punto de vista de la mujer, o del inmigrante, o del joven)... Ellas apuntan también aspectos más de fondo, como la convivencia, la cultura, la religión y opciones de vida.

Descubrir que vale la pena conocerlo y que puede ser complementario nos parece una riqueza personal y de grupo impresionante.

El encuentro personal y de grupo para compartir algo más que trabajo

Es lo cotidiano del vivir: «¿Cómo estás?»; «¿Qué tal te fue con...?». Compartir nuestro crecimiento personal, nuestro trabajo cotidiano, nuestras preocupaciones y angustias. Apenas entre pasillos. Una comida en mitad de la jornada, un café en el descanso. Eso que nos hace conocernos y reconocernos por nuestro nombre.

Esas experiencias frecuentemente van más allá. Pienso en los encuentros interreligiosos que se organizan, de momento tímidamente, pero que van abriendo nuestra mente y nuestro corazón. Pienso en los encuentros intercongregacionales: noviciados conjuntos, comunidades y personas de distintas congregaciones compartiendo vida y ocio, proyectos conjuntos. Encuentros de personas creyentes y no creyentes. Nos alegra vernos celebrando juntos el fin del Ramadán o rezando por la Paz en una parroquia, porque antes hemos estado juntos en una manifestación convocada por el arciprestazgo.

Cuando logramos superar el individualismo y la sensación de creernos poseedores de la verdad, el encuentro es posible, y sus frutos son creíbles. Entonces el amor se hace concreto en «todo aquel que dé de beber tan sólo un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños...» (Mt 10,42), y rubrica que en verdad el amor existe.

Una llamada a la coherencia cristiana

Creyentes, no creyentes, indiferentes, agnósticos o ateos nos piden «no usar el nombre de Dios en vano», que los pobres no sean escandalizados ni se escandalicen de nosotros, narrando en verdad, con palabras y con la fuerza de las obras, la acción de Dios en lo humano. Vivimos una llamada a la coherencia cristiana desde el contacto diario y hondo con la Cruz de Cristo, haciendo la experiencia de la muerte y resurrección, invitándonos a amar de verdad, a correr riesgos, a perdonarnos las veces que haga falta, con misericordia fraterna.

En el Arciprestazgo de Leganés, al que pertenecemos, se dan múltiples hechos de vida que denotan la apuesta por una Iglesia que afronta cada día el reto de la comunión, aunque también aparecen tentaciones y hechos que, más que la fraternidad, alimentan el individualismo o el «parroquialismo». De este modo señalamos algunas dificultades:

La institución o asociación que hay detrás de cada uno marca pautas, realiza opciones o elabora proyectos no siempre compatibles con la realidad

Toda una oportunidad y una maravilla el poder contar con otros, con un grupo que ayuda a sistematizar, a pensar, a buscar alternativas conjuntas ante una realidad tan compleja como la que vivimos. Contar con un grupo de referencia nos parece vital para el crecimiento personal, para una modificación de acciones o de talante que en solitario no podríamos lograr.

Pero, junto a ello, también tenemos que reconocer las limitaciones que impone la pertenencia a una determinada institución, asociación, partido político o grupo.

Así, en demasiadas ocasiones comprobamos cómo son opciones políticas las que marcan la pauta de actuación de unos Servicios Sociales más dedicados a sostener y frenar que a promover o buscar una mayor justicia. Podríamos contar muchos proyectos de asociaciones elaborados en función de la subvención que sale en un determinado momento.

Y ahí estamos en nuestra comunidad parroquial, cuestionando, en función de la evangelización, que lo que tantos voluntarios desde los grupos de la parroquia llevan a cabo con los empobrecidos forme parte inseparable de la misma evangelización que proclamamos.

Y en este bregar, algunas congregaciones religiosas «volviendo al carisma» de la Congregación; en sí positivo, pero que no pocas veces se convierte en una vuelta atrás y complica, más que alienta, a las personas que se mueven como «una de tantos» en los barrios.

Búsqueda de ser los mejores, los únicos

El buscar la calidad en lo que hacemos y en lo que proponemos es un valor en los tiempos que corren. No podemos ni debemos dejar-

nos llevar por lo primero que se nos ocurre con pocos medios, tanto humanos como técnicos o económicos.

Pero cuando esa búsqueda se convierte en el único y fundamental objetivo, se deja a un lado todo lo que de bueno hay en los otros. Nos encontramos con la crítica despiadada y destructiva de unos para con otros, o entramos en una carrera de competitividad que se refleja en los mensajes a los más empobrecidos: «de ésos no te fíes»; «ésos no hacen nada»; «ésos no te van a ayudar, no vayas»...

Todos nos conocemos, sabemos «de qué va» cada uno, estamos en los mismos ambientes. Y esto nos hace mantener posturas e ideologías diferentes que, *a priori,* nos hacen rechazar un trabajo conjunto.

4. ¿ En comunión-fraternidad con los movimientos eclesiales?

> «Pero él dijo: "Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan"» (Lc 11,28).

Toda comunidad cristiana abraza por una lado el elemento visible y humano que es la parroquia, compuesta por gente sencilla y frágil que cada día proclama su fe, pero a la vez suplica al Señor: «auméntanos la fe» y el elemento invisible que es la unidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en la que esta injertada la multitud del Pueblo de Dios. Ahí situamos nuestra vida en comunidad con algunos movimientos de Acción Católica. Son la Palabra y el Espíritu del Señor los que alumbran la vida de oración, celebración, anuncio y compromiso diario en favor de la Gloria de Dios, que es el hombre con una vida digna y abundante (San Ireneo).

Experiencia de comunión en el grupo

En un grupo que está y vive en comunión, las relaciones son de igualdad, de fraternidad; cada persona es importante.

En nuestro caso, desde el equipo, ser militantes del Movimiento Junior lo vivimos como una realidad profética, pues en medio de un mundo en el que los valores dominantes se orientan más hacia el individualismo y el egocentrismo, nos vamos sintiendo implicados y comprometidos con otras personas, nuestra familia se amplía, y va creciendo la sensación de que entre todos y todas estamos construyendo algo importante. Se aprende que «importante» no es lo mis-

mo que «espectacular». Y en medio de esa realidad nos vamos encontrando con Jesucristo; y eso de estar en comunión con Él va tomando forma, se va haciendo vida.

En la existencia del grupo no todo es idílico. Hay luces y sombras. Se atraviesan crisis que ayudan a madurar personal y comunitariamente. Hay momentos de tristeza, como el hecho de que algún miembro del grupo no acabe de integrarse, o cuando alguien lo deja. A veces existe el peligro de convertirnos en grupos cerrados, en los que nos encontramos muy a gusto, sin ser capaces de abrirnos a una realidad más amplia, hasta que en verdad acogemos la fuerza del Espíritu, que, como en aquel primer Concilio de Jerusalén, hace que abramos puertas y ventanas... «y Dios, conocedor de los corazones, dio testimonio en su favor comunicándoles el Espíritu Santo como a nosotros...» (Hch 15,8)

Experiencia de comunión en la Iglesia

Nuestra experiencia desde el movimiento Junior de Acción Católica o de la HOAC es germen para sentirnos en comunión con el resto de los cristianos (del movimiento, de la parroquia, de la diócesis, de la Iglesia). Vivimos una fraternidad que se abre a otras realidades eclesiales y a otras personas, y entonces podemos decir que nos sentimos hermanos y hermanas. Por la fe, nos sentimos unidos en una manera de ser persona, cristiano, en la Iglesia, en orden a una sociedad humanizadora y real.

En la vida de la parroquia hay momentos de encuentro entre los grupos-comunidades, entre las personas: Consejo pastoral, Eucaristías, Asambleas... momentos de unión, de sentirnos hijos e hijas de Dios Padre-Madre. Son espacios donde la comunión se hace carne y hueso, y nos invade la alegría de estar juntos; espacios donde «cargar pilas» para la tarea y la vida de cada día.

Experiencia de comunión que trasciende los límites de la Iglesia

Se dice que atravesamos un momento de crisis en la militancia, en el asociacionismo. Y es cierto. En las personas hay una especie de resignación a la fatalidad, de escepticismo, de desconfianza en la persona. Pero cuando existe una verdadera comunión, la forma de situarse en el mundo cambia, porque hemos tenido la suerte de vivir otras cosas.

Analizamos nuestros valores y contravalores, las actitudes buenas y menos buenas, aprendiendo que las personas, en medio de las incoherencias, ponemos nuestras vidas al servicio de los demás y, al unirnos y organizarnos, somos capaces de cambiar las cosas y las estructuras generadoras de injusticia y su talante camaleónico –«Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones las gobiernan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder» (Mc 10,42)–, y de este modo, con una «mística de ojos abiertos», hombro con hombro, contribuir desde la lealtad y la coherencia en todo trabajo que dignifique la vida.

5. Desde la Parroquia, con afecto comunional con la jerarquía

> «Se mantenían constantes en la enseñanza de los Apóstoles, en la Comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Todos los creyentes estaban de acuerdo y tenían todo en común» (Hch 3,42-45).

La diócesis es la unidad pastoral ordinaria y el lugar donde se materializa la comunión a la que tantas veces nos referimos con los labios, aunque no sé si con igual intensidad desde el corazón. Leer, contemplar y orar el texto paulino de Gálatas 2,9 ayuda a sentirnos admirados por su hondura eclesial y su experiencia evangélica.

Construir una fraternidad entre la Utopía y la «Topía» (tierra), desde la real integración entre los laicos/as, los religiosos/as y los presbíteros que servimos a esta parroquia y nuestros obispos de la diócesis de Getafe, es en verdad una tarea teórico-práctica donde se nos invita a vivir con profundidad teologal y pastoral, sin mediocridades, la comunión de la Iglesia. No se puede hablar de comunión sin unidad viviente de sujetos y grupos diferentes conscientes y libres, «dispuestos a la cooperación, al ejercicio de pensamiento global que prepare para ejercitar la reconciliación y la comunicación de la fe que vive con el amor»[6], ágiles y atentos a la escucha, la tolerancia, la comprensión y la compasión congruente.

En la comunidad parroquial queremos estar y pertenecemos a los organismos arciprestales y diocesanos; aunque ello implica una dura experiencia en determinados momentos de «carga» o «sufrimiento», acecha la tentación de «perder el tiempo» o la «inutilidad»

6. J.Mª Rovira Belloso, *op. cit.,* 168.

de determinadas reuniones o encuentros (reuniones de presbíteros en el arciprestazgo, consejo pastoral arciprestal, diocesano, presbiteral, etc.). Pero insisto en que ésta es una tentación cómoda; resulta más fácil situarnos al margen de estos organismos. Creemos que ese camino sólo conduce al resentimiento y a «quemarse».

En este lugar del mundo tan concreto y tan vulnerable, potenciamos vivir de una forma donde la comunión eclesial sea insustituible, estando abiertos en todo momento a la voluntad de cambio, con una espiritualidad cristiana de fortaleza, coraje, ánimo, vida y esperanza que, más que apagar «los pábilos vacilantes», aliente la bondad sencilla de los hermanos y hermanas que dedican lo mejor de su vida al Reino de Dios y su justicia en esta diócesis. No podemos dejar de hacer referencia a los testimonios de comunión encarnados en la vida de las religiosas Doroteas que viven entre nosotros, o el comedor donde cada día compartimos la mesa presbíteros, religiosos/as y laicos/as en nuestro arciprestazgo, o los proyectos conjuntos de Catequesis, Cáritas, Liturgia, Migraciones, Juventud... En una palabra, hay muchos motivos para seguir confiando en la vida fraterna que brota de las parroquias, pues somos testigos del signo de autenticidad cotidiana de la Iglesia, portadores de un acontecimiento avivador de la existencia de todo hombre y mujer, capaz de generar algo en sus vidas que les salve y libere.

6. Desbordamos de gozo fraterno al celebrar la Eucaristía

> «Con ansía he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer» (Lc 22,15).

En un mundo fragmentado que busca sentido y redes de esperanza, la Iglesia, cada uno de nosotros, somos agentes de comunión las 24 horas del día; pero de forma particularísima en la celebración eucarística. «Que esta comunión en tus misterios, Señor, expresión de nuestra unión contigo, realice la unidad de tu Iglesia» (XI Domingo ordinario: Oración después de la comunión).

Traemos la vida ordinaria a la liturgia, incorporamos a las personas que participan en ella con todo lo que viven. Cada uno viene con su historia, hecha de elementos ordinarios y extraordinarios; y eso forma parte de su persona, así como Jesús Glorioso se identifica con su historia de pasar haciendo el bien, pasión, muerte y resu-

rrección. Los hombres y mujeres que celebramos la Eucaristía nos manifestamos como somos en camino hacia el Reino de Dios.

Rostros como los de los enfermos del hospital psiquiátrico (Carmen, José, Luisa...), los de los ancianos, los de algunos jóvenes, los de la gran mayoría de una edad intermedia, los de algunos niños... Como veis, un grupo no muy numeroso, pero lleno de autenticidad. Una comunidad parroquial que colabora con el Señor en el ejercicio de su acción humanizadora, con una tarea de todos y cada uno de sus miembros; una fraternidad gozosa, a la vez que imperfecta, comenzando por sus ministros ordenados.

En la Eucaristía diaria y dominical, Jesús Resucitado nos da los dones propios de la Pascua: el perdón, la alegría, la paz, el reconocer a Jesucristo, la fuerza, misionera... Comulgar con el Señor, que nos regala su misma vida con el Pan de Vida y el Cáliz de Salvación, «Cuerpo entregado y sangre derramada», comporta Acción de gracias, encuentro, relación, dialogo, misión, oración, compromiso...: categorías fundamentales de la caridad de Dios para con nosotros y para con todo hombre y mujer, expresadas en los signos de la Eucaristía, signos de unidad, aparentemente insignificantes, pero que descubren en la historia diaria las maravillas y los portentos de Dios; se hacen presentes los valores del Reino; como Santa María, modelo de creyente y perfecta discípula de Jesús, anunciamos desde esta parroquia: «Proclama mi alma la grandeza del Señor...» (Lc 1,46-55).

Conclusión

No queremos que resulte un discurso vacío el afirmar que la comunión eclesial, desde la vida parroquial, es una necesidad, complementariedad, exigencia, reto y llamada a la coherencia evangélica en el seno de la Iglesia, Sacramento de salvación, Pueblo de Dios

La experiencia cristiana de Dios nos conduce a ver en todo ser humano su misterio insondable, y admirar y quedarnos fascinados al comprobar cómo en toda persona reside la sede de la comunión con lo diferente y de unión en el amor. De este modo, al encontrarnos en el sendero de la vida con un hombre o mujer en quien habitan la justicia, la verdad, la libertad, el perdón y el amor, se barrunta que está realmente habitado por la Trinidad Santa.

Sin embargo, esta visión, aún demasiado centrada en la persona, se abre a su esencia social y a su ser en comunión. Vivir humanamente siempre es convivir (Gn 1,26-27). Por tanto, en todo ser humano nos hacemos imagen de la Trinidad en la medida en que realizamos la comunión-fraternidad y establecemos relaciones de escucha, acogida, compasión y ayuda. «Más que la experiencia de la fraternidad cristiana, lo que nos mantiene unidos es la fe firme y segura que tenemos en esa fraternidad... sólo por Jesucristo tenemos acceso unos a otros y nos regocijamos unidos en el gozo de la comunidad»[7].

Después de todo lo dicho, estamos convencidos, desde el vivir diario en este barrio, en esta parroquia, como en tantas otras, que vale la pena estar con «el gesto y la palabra oportuna» y trabajar por formar testigos creíbles del Evangelio, al tiempo que desestructuradores de pecado, teniendo el corazón centrado en Dios; y seguimos apostando por la comunión eclesial desde las comunidades parroquiales. Nos alegramos de la expresión tan encarnada y esperanzadora del P. Congar: «Está presente la Santísima Trinidad en aquella porción de la humanidad que por la fuerza de Espíritu ha aceptado a Jesús como su liberador y como su Hijo encarnado en la Iglesia»[8].

La parroquia es el lugar donde se pueden comunicar al mundo las realidades más hermosas y preciadas a través del testimonio de los cristianos que vivimos cada día los frutos del Espíritu, y que se amasan con las capacidades y servicios, aunque sean pequeños (grupo de limpieza, escucha, ayuda puntual a alguien que «pasaba por aquí»...). En una palabra, contribuye a dejar señales que confortan en la fatiga y son sombra en los días de bochorno para los carros desvencijados de nuestra vida.

En medio de sus deficiencias, las comunidades parroquiales somos y estamos llamadas a ser un signo de fraternidad en la Iglesia y en el mundo. Una comunión de personas que creemos en la Comunión de la Trinidad Santa, haciendo que seamos Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo que va más allá de los muros y fronteras que las personas o instituciones ponemos, y que nos sale al encuentro en los caminos de la vida, como Jaime, a quien esta mañana, desde la parroquia, se le está ayudando a dejar el infierno de las drogas y el alcohol, pues una Iglesia en comunión de dones y servicios (1 Cor

7. D. BONHOEFFER, *Vida en Comunidad,* Sígueme, Salamanca 1982, 27.
8. Y. CONGAR, El Espíritu Santo, Ed. Herder, Barcelona 1983, 205ss.

12,4) ha de orientarlo todo a la construcción del Cuerpo de Cristo, acogiendo y colaborando con la acción silenciosa del amor de Dios que nos da la vida, nos la conserva y nos conduce a casa junto a Él, en fraternidad.

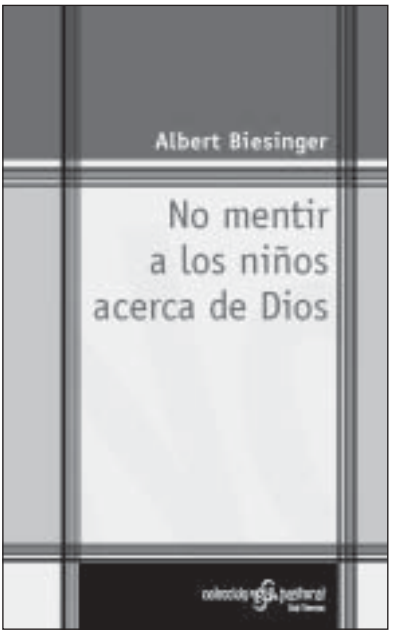
Las elocuentes palabras de Santa Edith Stein alientan los quehaceres cotidianos en favor de una mayor comunión-fraternidad: «...en nuestra relación diaria con el Salvador crece nuestra sensibilidad para percibir lo que le agrada y lo que no le agrada... Podremos crecer en humildad y llegaremos a ser pacientes y comprensivos frente a la paja en el ojo ajeno, pues tendremos clara conciencia de la viga en el propio... Aprenderemos a abandonarnos a la misericordia de Dios, que puede alcanzar todo aquello de lo que nuestras propias fuerzas son incapaces»[9].

9. E. STEIN, *Los caminos del silencio interior,* Ed. Espiritualidad, Madrid 1998, 59.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD



En un aspecto tan delicado como el de la relación con Dios es preciso no dar a los niños una imagen deformada del mismo, una imagen que les oprima y empequeñezca, les inculque una falsa humildad y les vacíe de sus propios valores, incapacitándolos así para la vida. Pero también hay que cuestionar vigorosamente otra imagen opuesta, según la cual Dios no tendría importancia, no existiría, o al menos no en los mejores años de la vida; quizá exista cuando las cosas salen mal o a la hora de la muerte...

Quienes tienen relación con los niños saben que las preguntas que éstos suelen hacer en torno a la dimensión espiritual de la vida no tienen fin, y tanto más cuanto menor es el papel que la experiencia religiosa desempeña en nuestra sociedad. Quien no tiene esto debidamente en cuenta puede edificar mal muchas cosas en los niños y paralizar sus esfuerzos por llegar a tener una experiencia personal y positiva del Dios anunciado por Jesús.

184 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 9,00 €**

ST 91 (2003) 685-690

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

«Fe y Alegría». Las claves de una experiencia exitosa

Joseba LAZCANO*

En muchos países de América Latina se reconoce en «Fe y Alegría» una experiencia social exitosa. Pero esa imagen, sin duda, puede tener todas las insuficiencias –por exceso o por defecto– de una simplificación. Pretendo en este artículo aportar claves de comprensión de este fenómeno, que nació en Venezuela en 1955 con vocación pionera y que hoy cuenta con 1.200.000 alumnos en toda América como beneficiarios. Estas claves no suponen un documento oficial. Haré el intento, bajo responsabilidad propia, de recoger algunas de nuestras conversaciones de camino.

La intuición antropológica básica: fe en el hombre

En la experiencia personal y social de los fundadores y en la validación renovada de esa experiencia en los continuadores hasta hoy subyace esta concepción antropológica: la *fe en el hombre.* Cuando el fundador, Padre Vélaz. y sus jóvenes escogen, con indiscutible convicción, el nombre de «Fe y Alegría», es evidente la referencia a la fe específicamente cristiana de su vivencia espiritual; pero también es evidente –por confesión explícita y por la praxis que la confirma– la fe en el hombre y en la mujer.

---

* Resumen elaborado por el Departamento de Comunicación de «Entreculturas-Fe y Alegría» a partir de la intervención de Joseba Lazcano en el Seminario Internacional «Capital Social, Ética y Desarrollo. Los Desafíos de la Gobernabilidad Democrática», organizado por el Banco Interamericano de Desarrollo en Caracas, Venezuela, en Junio de 2003.

Esa fe en el hombre y en la mujer no es un acto de la voluntad ni un optimismo ingenuo, sino un supuesto antropológico, una definitiva convicción. «Fe y Alegría» es la obra de la audacia de esa fe. No nació de diagnósticos científicos ni de planificaciones estratégicas; nació de la convocatoria hecha, no sé si a los mejores, pero sí a lo mejor de cada uno. Hay mucho de verdad en el tópico fácil de que «Fe y Alegría» somos todos o de que «Fe y Alegría» es la gente.

Esa concepción antropológica, sin duda universalmente válida para el corazón humano, adquirió en la experiencia de «Fe y Alegría» –primero en Venezuela y después en otros países latinoamericanos– dimensiones propias de nuestra sensibilidad, tanto en el mundo cultural popular como en los mejores anhelos de las clases sociales emergentes y modernizantes. La experiencia fundacional se dio en el encuentro, por una parte, del voluntariado de unos estudiantes universitarios que se acercaron a un barrio incipiente, regalando su tiempo de fin de semana y el dinero conseguido en la venta o rifa de sus prendas, y, por otra, de la respuesta de un hombre del pueblo, Abraham Reyes, que gozosamente entrega, para hacer posible la primera escuela, el «ranchote» de dos pisos construido con esfuerzo de siete años. Ese hecho histórico se convirtió en la parábola que sigue expresando la intuición básica y la práctica renovada de «Fe y Alegría».

La concepción antropológica que fundamenta la fe en el hombre se complementa con la experiencia de la alegría como fruto de la fe que se compromete. El Padre Vélaz, en un bella charla a las religiosas sobre la *Pedagogía de la Alegría,* revela: «No hace falta que sepamos las causas íntimas de la alegría; basta con que conozcamos sus caminos más frecuentes». Y esos caminos, también para los que continúan la obra de Vélaz, son los de la fe comprometida en el servicio, sobre todo de los más necesitados.

Por eso el nombre de «Fe y Alegría» no es simplemente un nombre bonito, o un nombre cursi, o un nombre con prestigio. Implica una concepción antropológica, avalada por una experiencia exitosa.

Cuando la misión es parte de la propia vida

La fe en la gente, que la experiencia de «Fe y Alegría» puede avalar, adquiere especial densidad cuando la misión encomendada se hace vida propia, con toda sencillez y naturalidad.

Esa entrega, que expresa la identificación personal con la misión de los tiempos fundacionales, sigue teniendo vigencia, también hoy, en una «Fe y Alegría» muy mayoritariamente laica, y sigue siendo una de sus claves fundamentales, que confirma con fuerza las cuatro dimensiones básicas que se señalan en el Capital Social: clima de confianza al interior de una sociedad, capacidad de asociatividad (capacidad de producir sinergias), conciencia cívica y valores éticos.

La dignidad del educador

La dignidad del educador es un tópico demasiado fácil y, con frecuencia, vacío. Tal vez «Fe y Alegría» sea privilegiada en el sentido de que los caminos de esa dignidad le resulten muy connaturales: por la experiencia fundacional y su fuerza modeladora de nuevas experiencias, por una larga historia de educadores comprometidos de gran calidad humana, por las motivaciones de los que se sienten convocados y por la cercanía «orgánica» al mundo de los pobres.

Institucionalmente, siempre ha existido el sentido de misión de los educadores, compartido con los directivos. Pero, además, ha sido creciente la preocupación por su formación y crecimiento, no sólo profesional, sino también personal; y, en particular, la preocupación por la selección y formación de los equipos directivos: de la calidad humana y pedagógica de los docentes y del liderazgo y gestión participativa de los directivos depende fundamentalmente el éxito de un centro educativo.

Autonomía funcional, acompañamiento personal e identidad institucional

«Fe y Alegría» no nace de una planificación previa, ni mucho menos de unos recursos de capital disponibles que esperan ser asignados según los objetivos y las prioridades. La racionalidad es inversa: la necesidad y las urgencias «generan» –por la lógica de la concepción antropológica de la fe y de la alegría– los recursos humanos y, desde ahí, los recursos económicos.

Es cierto que durante muchos años el fundador estuvo presente en cada fundación. Pero si fue extraordinaria su capacidad de moti-

var y de señalar la orientación, no menos extraordinaria fue su fe en la gente y su respeto a la autonomía de funcionamiento. El potencial peligro de dispersión o de conflicto de un modelo de autonomías funcionales estuvo siempre conjurado por una gran cercanía afectiva y un claro liderazgo intelectual. Así se fue gestando y fortaleciendo la identidad institucional de «Fe y Alegría», que es uno de sus patrimonios más consistentes.

Sin duda, la autonomía funcional, el acompañamiento personal y la identidad institucional son importantes valores de capital social; la conjunción armónica de los tres es la llave maestra de «Fe y Alegría».

Centralidad de los proyectos educativos

La estructura organizativa y su funcionamiento se entienden en esa conjunción armónica, pero privilegiando el proyecto educativo concreto. La organización es posterior –en el tiempo y en naturaleza– al proyecto educativo, que es la respuesta concreta al reto de la necesidad; por eso, tanto las Direcciones Nacionales como las Zonales o Regionales y las diversas Coordinaciones serán, ante todo, servicio, acompañamiento, animación, orientación... Por supuesto, también serán el control necesario para la transparencia administrativa, legal y académica.

Para el fortalecimiento de la identidad institucional son muy convenientes los procesos de inducción y los talleres de formación; pero será insustituible la cercanía y el contacto directo del personal de diferentes niveles entre sí y, sobre todo, con las carencias y necesidades de las comunidades a las que se quiere dar respuesta con el proyecto educativo; de ahí la importancia de escuchar a la gente, de la participación de la comunidad local, de la autonomía funcional y de la descentralización administrativa.

Capacidad de convocatoria

Una virtud reconocida de «Fe y Alegría» es su capacidad de convocatoria, lo cual tiene mucho que ver con lo que se señalaba arriba de la intuición antropológica expresada en la fe en la gente. «Fe y Alegría» nació del voluntariado, y el voluntariado sigue siendo la

mayor fuerza de la institución –incluyendo en él, por supuesto, ese *plus* de entusiasmo y dedicación del personal de su nómina–. La convocatoria se extiende, más allá de la institución, a muchas personas e instituciones... y hasta la participación masiva y complacida en la histórica Rifa Anual.

Una concreción importante de esa convocatoria son las alianzas estratégicas que propicia entre las iniciativas sociales, los gobiernos nacionales y locales y las agencias de cooperación financiera, nacionales e internacionales.

En conclusión: no es una franquicia, es un espíritu

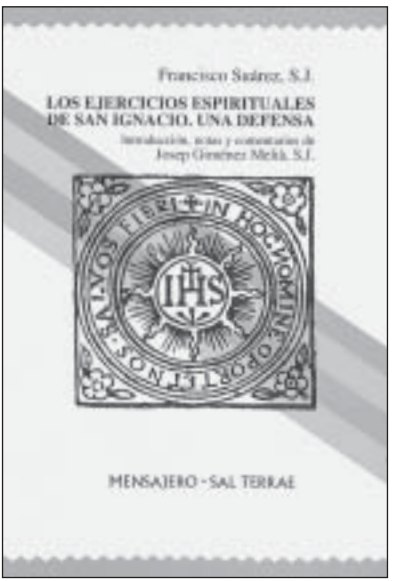
«Fe y Alegría» no es un modelo mecánicamente reproducible; sobre todo, porque los programas –y sus modalidades– son respuestas a la compleja diversidad de las situaciones.

«Fe y Alegría» no es una franquicia, pero sí es un espíritu. Descubre lo mejor de la gente y desencadena sus potencialidades; ofrece horizontes utópicos motivadores –¡nada menos que la transformación de la sociedad desde la educación de los más pobres!–, pero a la vez ofrece tareas concretas que acercan, al menos un poquito, las utopías y producen realizaciones gozosas; dignifica al que se acerca a la indignidad de la injusticia con indignación ética y humilde ternura; se compromete en tareas épicas con el talante modesto de lo cotidiano.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD



Durante sus primeros años de existencia, la Compañía de Jesús fue atacada dentro de la Iglesia desde diversos frentes. Los superiores encargaron al gran teólogo Francisco Suárez una defensa de la Orden de San Ignacio. Parte de ella son los capítulos que dedica a justificar los Ejercicios Espirituales, que son los que se traducen aquí y se ofrecen en versión bilingüe (latino-castellana) anotada.

Se trata, pues, de una apología de los Ejercicios hecha en un tiempo muy cercano al de su redacción, lo que concede gran autoridad a su interpretación. Es, de otro lado, obra de un teólogo de indiscutible valía. Y, por último, el texto no era de fácil acceso, bien por su lengua (el latín), bien porque las obras de Suárez no están siempre al alcance de cualquiera. Son las tres razones de peso que avalan la presente edición.

186 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 15,60 €**

ST 91 (2003) 691-700

LAS BIENAVENTURANZAS

7. ¡Dichosos los constructores de la paz!

Juan Manuel MARTÍN-MORENO, SJ*

Hace sólo unos meses, nuestras calles y plazas flameaban de pancartas, pegatinas, eslóganes con el «¡No a la guerra!». La fiebre pacifista alcanzaba cotas insospechadas y, a pesar de todas las manipulaciones políticas interesadas, nos traía un aire fresco de inconformismo, de proclamación decidida, de opción fundamental por la paz.

Hay pacifismos que, como todo «ismo», son caricatura de la verdadera promoción de la paz. Pero existe el pacifismo auténtico de quienes están dispuestos a perder su propia vida antes que matar o herir a un semejante, o dispuestos también a afrontar penalidades antes que someterse a un régimen militar que viola sus derechos humanos, o que prefieren la vida en la cárcel antes que ser cómplices de violencias institucionalizadas.

¿Tiene algo que decir el evangelio a todos cuantos salieron a la calle manifestándose a favor de la paz?

No olvidaré a una joven que durante unos ejercicios espirituales me comentó cuál había sido la motivación decisiva en su vocación. Dejó su carrera abandonada a la mitad para entrar en una comunidad dedicada a la acogida de niños pertenecientes a familias desestructuradas. Tras muchas indecisiones, la palabra decisiva la había encontrado esta joven en una frase del salmo 34: «Busca la paz y corre tras ella» (Sal 34,15). Siempre me ha impresionado cómo, muchas veces, una simple cita de la Escritura puede aportarnos un «flash» de luz concluyente tras largos y complicados procesos de discernimiento.

* Profesor de Sagrada Escritura. Universidad Pontificia Comillas (Madrid).

Hay dos verbos en hebreo relacionados con la paz. La paz es algo que hay que «perseguir» (*RaDaP*) y algo que hay que «hacer» (*'aSaH*). El salmo 34 contiene el primer verbo: «Corre tras ella». Habría que traducirlo más exactamente por «persíguela» tenazmente, olfatea su rastro, sigue sus pisadas, acósala sin tregua. Conviértela en la gran pasión de tu vida.

El segundo verbo expresa otra actitud complementaria. La paz no es simplemente algo que hay que desear y perseguir, sino algo que hay que «hacer», algo que hay que realizar en torno a nosotros. Este sentido de «hacer la paz» aparece muy a menudo en los escritos rabínicos y también en el Nuevo Testamento, no sólo en la bienaventuranza que declara felices a los que «hacen la paz» (Mt 5,9), sino también en la referencia a Jesús que «hizo la paz», reconciliándolo todo por la sangre de su cruz (Col 1,20, Ef 2,14).

Nuestro catecismo antiguo decía «Bienaventurados los pacíficos». Hoy día ya hemos sabido corregirlo, porque la bienaventuranza no habla de los pacíficos, sino de los pacificadores; no designa una cualidad de la persona, sino una actividad en la que ésta se compromete. No son bienaventurados los pánfilos, ni los bonachones, ni los cachazudos, sino los que se comprometen activamente en la causa de la paz. No los que rehuyen los conflictos, sino quienes se adentran en ellos para resolverlos.

El concepto bíblico de paz

Pero ¿de qué paz nos habla la Biblia? En un artículo publicado hace pocos años en esta misma revista, A. Benito hacía un repaso de algunos de los significados bíblicos de *shalom.* Abarca conceptos tales como el estado de salud (Gn 29,6; Jr 8,15; Sal 38,4, 2 Cr 19,1), el bienestar material o la prosperidad (Jr 29,7; Is 66,12; Ag 2,7.9), la bendición (Gn 15,15; Jc 6,24), la paz como victoria militar o estabilidad política (Qo 3,8; Sal 147,14; Is 9,5; Jr 4,10).

Cuando el rayo de luz blanca se refracta en el prisma, produce todo un abanico de colores y matices, pero me gustaría sobre todo captar la esencia del concepto. ¿Cómo podríamos definir *shalom* en la globalidad de su riqueza? Creo que en este concepto prima, ante todo, la idea de realidad plena, entera, completa, a la que no le falta nada. Lo contrario de *shalom* sería mutilación, deterioro, degeneración. Quizá el referente más poético de *shalom* sería la «luna llena», que es la situación de la luna cuando no está mutilada y puede lucir en todo su esplendor.

En hebreo moderno se usa la raíz S-L-M (Shin/Lamed/Mem), en una pluralidad complementaria de sentidos. Muchos de los lectores ya conocen la potencialidad que tienen las lenguas semíticas para jugar con las consonantes insertando vocales, infijos o sufijos. De ese modo se crean palabras nuevas con sentidos derivados curiosísimos. Así, la raíz que estudiamos en el «hifil» *hislym,* significa «completar»; los «complementos» son *maslymym.* En el «piel», *silem* significa «pagar algo que se debe»; los «pagos» se llaman *taslumym.* Cuando se quiere decir admirativamente que algo es «perfecto», se usa el «hofal»: *muslam!*

Por tanto el concepto de plenitud de esta raíz tiene una connotación importante: la plenitud de lo que es *debido,* de lo que corresponde a la naturaleza. Alcanzar «shalom» es llegar a ser todo lo que uno debería ser; es responder a la llamada más profunda del propio ser. El fracaso en alcanzar *shalom* puede deberse a dos causas: a la inmadurez de un aborto que no llega a realizar plenamente todas sus virtualidades, o a un deterioro que se produce cuando algo se llega a corromper y a marchitar.

La enfermedad física lleva consigo este tipo de deterioro, pero hay otras corrupciones que afectan a otras áreas más profundas de nuestro ser. Cuando uno sale «ileso» de un accidente, decimos en hebreo que salió *bari' weshalem,* «sano y entero». En hebreo, cuando queremos preguntar cómo anda alguien de salud, en lugar de preguntar por su «salud», preguntamos por su *shalom,* que es lo mejor que se puede desear a una persona.

Por tanto, no es extraño que *shalom* se haya convertido en el saludo multiuso, que se puede emplear por la mañana, por la tarde y por la noche. Se usa tanto para saludarse como para despedirse, porque *shalom* es la forma de decirse «hola», pero también la forma de decirse «adiós». Cuando el asesinato del primer ministro Rabin, Clinton se despidió de él diciendo: *Shalom, haver* («Adiós, amigo»). Esta expresión hizo fortuna y apareció en las pegatinas de muchísimos vehículos por todo Israel.

Nos deseamos la paz al encontrarnos, y nos deseamos la paz al despedirnos. Jesús se despedía diciendo: «Vete en paz». Se despidió así, por ejemplo, de la hemorroísa después de curarla, después de hacerla completa taponando aquella pérdida que le hacía vaciarse de sí misma (Mc 5,34). Curiosamente, en inglés la palabra «whole» significa también a la vez completo y sano.

Shalom alude a prosperidad y abundancia, pero no incluye expectativas utópicas y competitivas como las de la publicidad engañosa. Desear *shalom* a una persona no es desearle todo lo mejor que puede haber en el mundo, sino desearle simplemente «que llegue a ser todo aquello que está llamado a ser», que realice plenamente su naturaleza y la vocación que le es «debida». Creo que una palabra moderna que cubre muy bien todo el campo semántico hebreo es la palabra «realización». Alcanzar *shalom* es realizarse uno a sí mismo; la quiebra de *shalom* es la frustración de nuestro ser.

La realización de nuestra llamada profunda es la única fuente de felicidad, de bienaventuranza. Decía Fromm que la alegría es el resplandor del ser. Somos inmensamente felices en la medida en que somos aquello que estamos llamados a ser. Somos profundamente desgraciados en la medida en que hemos frustrado la vocación que daba sentido a nuestra vida. Nos convertimos así en abortos y despojos, seres disminuidos y empobrecidos.

No se puede ser constructor de paz si uno mismo no lleva la paz en su corazón. La paz es también, en un sentido secundario, un equilibrio interior, una armonía en el hombre reconciliado consigo mismo, con toda su realidad; la paz «que custodia nuestros corazones» (Flp 4,7), la paz «que pone en orden nuestros corazones» (Col 3,15). El que lleva la paz en su corazón es capaz de transmitirla en su mirada, en su porte, en su manera de trabajar, en su modo de acoger a cada persona como si en ese momento no existiese ninguna otra en el mundo. Para ser reconciliador activo hay que estar previamente reconciliado, ante todo reconciliado con el pasado, reconciliado con uno mismo, con toda su realidad y sus limitaciones, reconciliado con los demás y reconciliado con la fuente de la vida y el amor.

Sólo el que tiene paz en su interior puede meterse en múltiples conflictos y atravesar la amargura sin que se le quede amargo el corazón. Externamente, los constructores de paz se ven metidos en múltiples conflictos, líos y embrollos, pero en su interior gozan de gran paz. Pensemos en los trajines y luchas de una Santa Teresa o un San Juan de la Cruz peleando con frailes, obispos y cardenales para llevar adelante la reforma del Carmelo. Impresiona que las obras místicas de santa Teresa no están escritas en la «paz» de un claustro, sino en las carretas de bueyes de su vida andariega, y el Cántico Espiritual de san Juan de la Cruz no esté escrito en un jardín renacentista, sino en la lóbrega cárcel de Toledo.

Todo en todos

Pero *shalom* no se utiliza sólo para los individuos, sino también para las comunidades. Nuestra cultura postmoderna es ferozmente individualista y aspira básicamente a la realización individual. En esto choca frontalmente con la concepción bíblica comunitaria. En la Biblia, *shalom* es ante todo la condición futura que caracterizará al reino davídico restaurado; sólo el futuro Rey Mesías traerá *shalom* hasta que falte la luna (Sal 72,7).

La abundancia y la prosperidad globales nunca las puede alcanzar un individuo solo. Los salmos continuamente desean la paz a Israel (Sal 125,5). Sólo en la medida en que seamos Israel podremos gozar de los bienes mesiánicos. *Shalom* es contradictorio con la huida hacia el intimismo individualista, con lo fragmentario, con la levedad del ser, con el «sálvese quien pueda». Ni siquiera habría que reducir *shalom* a las buenas relaciones de vecindad intracomunitarias, a un manual de convivencia entre vecinos, sino a la prosperidad de todo Israel, que consiste en el cumplimiento pleno de su vocación en el mundo. Este tema ha sido recogido fielmente por las cartas deuteropaulinas, que nos hablan de que Cristo es nuestra paz, nuestra plenitud, cuando lo es «todo en todos» (Col 3,11).

Una comunidad no está completa, no está en situación de *shalom,* cuando sus miembros están extrañados o enfrentados los unos a los otros, cuando se niegan el saludo y no son capaces de desearse *shalom* (Gn 37,4).

Los miembros de una comunidad viven en una relación de *shalom* cuando se consideran el uno parte del otro, porque saben que el uno no puede estar completo sin la presencia del otro. Hay una preciosa expresión en hebreo para designar al amigo como *'ish shelomy,* el «hombre de mi *shalom*» (Sal 41,10; Jr 38,22), aquél sin el cual yo no estoy completo, aquél sin el cual no puedo realizarme enteramente.

Una comunidad se divide y está en guerra consigo misma cuando sus miembros se convierten en rivales que compiten, en lugar de ser colaboradores que buscan juntos su realización mutua. La guerra estalla cuando veo al otro como una amenaza que me impide ser yo mismo, en lugar de verlo como aquél que me ayuda a serlo.

Hay un cuentito que trata de escenificar el cielo y el infierno. En el infierno hay una gran olla de carne. Los condenados se sientan en torno, con unas cucharas de mango tan largo que, por mucho que lo intentan, no pueden doblar el codo para llevarse un bocado a la bo-

ca. El cielo tiene el mismo escenario. Los justos se sientan en torno a la misma olla con las mismas cucharas larguísimas, pero se dedican a dar de comer cada uno al que tiene enfrente, y para eso no hay necesidad de doblar el codo.

Normalmente, los conflictos con los demás son reflejo de los conflictos que uno tiene consigo mismo; no se solucionarán mientras uno no se ponga manos a la obra a solucionar sus propios conflictos. La presencia del otro pone en evidencia mis propias carencias, desata mis miedos y agresividades. Entonces el recurso fácil es proyectarlas hacia fuera lanzándome al combate, en lugar de enfrentarme a ellas solucionando primero mis conflictos interiores. Como se decía a propósito de una reciente crisis política, preferimos poner en marcha el ventilador a encender la lavadora.

Santiago hace notar que la raíz de las guerras y discordias en el seno de la comunidad está en la codicia desenfrenada (St 4,1-4). En el fondo, este deseo desordenado consiste en la ambición de ser algo más o de ser algo distinto de aquello que somos llamados a ser. Esa plenitud ya no es *shalom.* Buscamos afanosamente lo que no se nos debe, lo que no necesitamos para estar completos, y chocamos así con los demás, que se convierten en un obstáculo que limita nuestro deseo de omnipotencia.

Por eso la realización de uno mismo nunca puede hacerse al margen de la justicia, al margen de lo que es debido también a los otros. Yo no puedo estar completo si los demás no lo están también a la vez. Yo no puedo realizarme sin que se realicen al mismo tiempo quienes me rodean. Decía el profeta Isaías: *opus iustitiae pax* (Is 32,17), la paz es la obra de la justicia. Sin justicia no hay verdadera paz. O, como lo expresan más poéticamente los salmos, el reinado de Dios llega a nosotros cuando «la justicia y la paz se besan» (Sal 85,11).

La paz que no se besa con la justicia no es verdadera paz. Por eso, el que trabaja por la paz a veces debe suscitar conflictos, perturbar el orden injusto, convertirse en un personaje conflictivo e incómodo, como lo fue Jesús.

Paz y espada

«¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No, os lo aseguro, sino división» (Lc 12,51). «No vine a traer paz, sino espada. Sí, he venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre,

a la nuera con su suegra, y enemigos de cada cual serán los que conviven con él» (Mt 10,34-36).

La paz que trae Jesús es distinta de la que da el mundo. «Mi paz os dejo, mi paz os doy, no como la da el mundo» (Jn 14,27). Para distinguirla de la que da el mundo, Jesús la llama «mi paz». Es fundamental captar la diferencia entre ambas.

La paz como la entiende el mundo es ausencia de conflictos; viene de transigir, de pactar con la injusticia. La paz de esas estatuillas de los tres monitos tapándose los ojos, los oídos y la boca. No ver, no oír y no hablar es la mejor fórmula para no «meterse en líos».

La paz del mundo es la paz de una buena digestión, de la barriga llena, del yoga, del valium y los opiáceos; una paz meramente fisiológica. Es la paz del que se desentiende de los problemas para refugiarse en el castillo interior de su intimidad, o la paz de quien nunca lleva la contraria a nadie y sigue la corriente a todos. La paz del «orden público», que considera subversivos a los alborotadores, sediciosos, perturbadores que vienen a turbar el sistema, aunque a veces los «agentes del orden» sean los perpetuadores de una violencia institucionalizada.

Decía Gandhi: «La verdad es más importante que la paz, porque la mentira es la madre de la violencia». Todas las veces que mentimos o disimulamos para salvar una situación de tranquilidad, estamos sentando las bases de un desorden y una violencia mayores que los que tratamos de evitar con nuestras mentiras y contemporizaciones. Y todo lo que está desencajado acaba doliendo. Los constructores de una paz inestable y frágil son «los que pretenden curar el mal de mi pueblo a la ligera, y dicen: "Paz, paz, paz", cuando no ha de haber paz» (Jr 6,14). «Tener paz –decía Péguy– es la gran consigna de todas las cobardías sociales e intelectuales».

Constructores de paz

La Iglesia y cada uno de los discípulos de Jesús reciben un auténtico «ministerio de reconciliación» para toda la humanidad, que prolonga el ministerio de Jesús, gracias al cual «Dios nos reconcilió consigo y nos confió el ministerio de la reconciliación» (2 Co 5,18).

Un aspecto muy importante de ese ministerio de reconciliación es ayudar a que los enemigos hagan las paces. Ésta es una tarea

divina, del mismo modo que meter cizaña y sembrar discordias es tarea verdaderamente diabólica. El nombre de «diablo» en griego significa precisamente eso: el que divide.

Siembran la discordia quienes esparcen rumores y chismes; quienes forman bandos y partidos enfrentados en la comunidad diciendo: «Yo soy de Pablo, o yo soy de Apolo» (1 Co 1,12): quienes pasan rumores corregidos y aumentados, o crean estados de opinión sectarios, o forman grupos de presión que actúan desde la sombra contra la unidad del grupo. Siembran la discordia quienes exigen más de lo que es posible conseguir en una determinada situación. Las exigencias utópicas, las expectativas poco realistas, son semilla de división. Ya dijimos que *shalom* es la realización de aquello que nos es debido, no la realización de todo lo que es teóricamente posible.

La demagogia de determinados políticos siembra discordia cuando convence a la gente de que tienen que exigir la luna, es decir, tienen que exigir de los demás y de la sociedad una perfección que no corresponde a la frágil naturaleza del hombre. Hoy día, en nuestro mundo ya no se aceptan accidentes, desastres de la naturaleza, errores de la falibilidad humana. Siempre hay que buscar un culpable, presentar una denuncia, exigir una indemnización, crear la conciencia de un agravio. Con ello se siembra amargura, agresividad y resentimiento, que son sentimientos nada constructivos.

En cambio, quien de verdad trabaja por la paz exige lo que es justo, pero con un criterio realista, sin maximalismos. Una vez que ha renunciado a la imagen de un Dios justiciero, tampoco va él por la vida de vengador justiciero. Lima aristas, da versiones benévolas de los hechos, sugiere interpretaciones favorables, oculta los datos que pueden ser más hirientes. Esas personas son una verdadera bendición en el seno de una comunidad.

Supuesto que a partir de la injusticia no es posible la verdadera reconciliación entre los hombres, muchas veces el constructor de la paz tiene que hablar y denunciar, pero siempre a la cara, y sin manipulaciones torcidas desde la sombra. La denuncia tiene lugar sólo aceptando un pluralismo en la manera de entender las cosas, sin apresurarse a excomulgar a quien no piensa como uno. Decía san Agustín: «Unidad en las cosas necesarias, libertad en las dudosas, y caridad en todas». Una verdad dicha sin amor deja de ser verdad. Por eso los constructores de la paz «realizan la verdad en el amor» (Ef 4,5).

Dios es el *shalom* del hombre

En realidad, Dios es el *shalom* del hombre, porque el hombre sólo puede encontrar en Dios su realización más profunda. En Jesucristo, Dios hace una oferta de plenitud al hombre y a la sociedad, que están rotos y fragmentados en su interior. Hace una oferta de plenitud a judíos y griegos, llevándoles a comprender que nunca podrán estar completos los unos sin los otros. A todos les dice: Sólo en el otro encontrarás la pieza que te falta a tu puzzle, a condición de reconocer que tú eres también la pieza que le falta al puzzle de él.

«Estamos en paz con Dios por medio de Jesucristo» (Rm 5,1). Ha hecho la paz entre los hombres, entre judíos y gentiles, varones y mujeres, siervos y libres, «para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre nuevo, haciendo la paz y reconciliando con Dios a ambos en su solo cuerpo por medio de la cruz... Vino a anunciar la paz, paz a vosotros –los gentiles–, que estabais lejos, y paz a los que estaban cerca –los judíos» (Ef 2,15-18).

El catolicismo es precisamente una identidad universal, no nacionalista. Nacional-catolicismo es lo mismo que círculo cuadrado. No hay que negar que ciertas mediaciones son buenas para la identidad del hombre: la familia, el clan, el pueblo, el país; pero la identidad grupal hipertrofiada acaba definiendo a la persona y al grupo en oposición a los demás; ve en el otro tan sólo a alguien que amenaza, que limita, que restringe el expansionismo y crea una sensación de incomodidad e inseguridad. Cristo viene a traer *shalom* a los pueblos «derribando el muro divisorio, la enemistad» (Ef 2,14).

Jesús en el Nuevo Testamento no es simplemente el que nos da la paz, sino que «él es nuestra paz» (Ef 2,14), porque en él alcanzamos nuestra plenitud y nuestra realización cuando él lo es «todo en todos», eliminando la fragmentación.

Diremos finalmente que la paz hay que «hacerla», pero hay también que «anunciarla». Hay que anunciar que la paz es posible desde que el «príncipe de la paz» vino a este mundo en una noche fría y oscura (Is 9,5). Anunciar *shalom* es dar la noticia más bella que pueda aparecer nunca en los titulares de un periódico. Por eso son bienaventurados los pies del que anuncia *shalom* (Is 52,7). Es tarea propiamente de ángeles, y por eso les tocó a ellos en Belén anunciar la *eudokía,* la buena voluntad divina, que trae a los hombres *shalom* en la tierra, y gloria a Dios en el cielo (Lc 2,14).

También, como los ángeles, los apóstoles enviados por las aldeas de dos en dos van anunciando la paz vinculada a la llegada del Reinado de Dios. Ese reinado hace posible que cada uno pueda llegar a ser aquello que siempre debió haber sido. No se trata simplemente de la expresión de buenos deseos, de un *wishful thinking,* sino de un saludo operativo, eficaz, como el *opus operatum* de un sacramento. Si la paz que anunciamos no encuentra a alguien bien dispuesto, se produce un sacrilegio; pero la paz nunca puede ser violada, nunca se pierde en el vacío ni se corrompe, sino que retorna a los que la anunciaron. *Shalom* es como un «boomerang»: o acierta en el blanco o vuelve a quien lo lanzó (Mt 10,13).

Hijos de Dios

Una de las palabras más conocidas del gran Hillel, un rabino un poco anterior a Jesús, es que «son discípulos de Aarón los que aman la paz y la persiguen» (*m.Avot* 1,12). Para Jesús ya no se trata simplemente de ser discípulo de Aarón, sino de ser «hijo de Dios».

«Ser llamados» es una voz pasiva típica de las lenguas semíticas. Quiere decir: «Dios los llamará sus hijos», los considerará sus hijos. «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!» (1 Jn 3,1). La palabra con la que Dios nos llama «hijos» es precisamente la que nos constituye como hijos. Dijo Dios, y fue así.

Los constructores de la paz muestran a través de su obrar el gran parecido que tienen con Dios. «Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo» (Mt 5,45). En sí misma, la *imitatio Dei* no es tanto una condición cuanto un premio. «¡Dichosos los que son como Dios, porque participan de la misma felicidad de Dios!»

Fomentar la paz y remover los obstáculos que la impiden es expresión del ser más íntimo de Dios. Uno demuestra quién es su padre o su madre por el parecido físico que guarda con ellos. Quienes siembran la mentira y la violencia muestran a las claras que son hijos de quien desde el principio era mentiroso y homicida (cf. Jn 8,44-45); en cambio, quienes trabajan por la paz muestran que son hijos de Dios, porque actúan como él actúa.

ST 91 (2003) 701-712

LOS LIBROS

Recensiones

MARDONES, José María, *La vida del símbolo*, Sal Terrae, Santander 2003, 272 pp.

De la mano del símbolo no veremos su rostro, pero sí sus espaldas, las espaldas de la profundidad de la vida, de lo inmanente y de lo trascendente que se esconde en el misterio de lo inmenso. Por eso el autor hace un recorrido por los autores que se han encontrado en el camino del símbolo y ha andado con ellos, trazando su propia senda. Los seis primeros capítulos intentan –y lo logran– desentrañar la historia de lo simbólico, su realidad actual en la sociedad y en la experiencia religiosa y católica, así como pistas para su urgente recuperación.

El exceso de imagen de la cultura actual hace difícil la recreación simbólica. Esta convicción articula todo el primer capítulo. La civilización actual se encuentra en una carrera desenfrenada hacia la visualización total de la realidad, donde «saber es ver», devaluando así lo imaginario en general, y lo simbólico en particular. Esta opacidad de lo simbólico obliga a buscar las raíces del símbolo.

El capítulo segundo da cuenta de ello. La exploración del sentido profundo de la realidad y la condición humana configurada entre lo animal y lo divino, sin ser lo uno ni lo otro, constituyen los dos pozos de donde mana, según el autor, el caudal simbólico que tiene la capacidad de suturar las heridas hechas por la desproporción de lo que se es y lo que se quiere y desea ser.

Los capítulos tercero y cuarto nos introducen de lleno en el símbolo religioso. Lo religioso y lo simbólico se presuponen. La experiencia de lo sagrado es la que crea el símbolo, siendo la revelación el fundamento del conocimiento simbólico. Dos enemigos encuentra toda mediación simbólica: la racionalización sobrenaturalista, que afirma haber apresado la realidad simbolizada, de tal manera que el símbolo mismo se convierte en afirmación unívoca; y la subjetivización ingenua, que lleva a la equivocidad simbólica. Ambas posturas llevan, aunque por distintos cami-

nos, a la relación idolátrica, a la sustitución del Misterio por la religión. La analogía y la teología apofática son un antídoto contra la primera tentación, así como la crítica racional y reflexiva puede serlo contra la segunda. La recuperación del símbolo, afirma Mardones, tiene que hacerse por un camino que haga justicia al Misterio de Dios y al ser humano mismo, equidistante tanto de una razón sin mediación simbólica como de un simbolismo religioso sin razón rectificadora.

Quizás es el capítulo quinto el punto de llegada y el centro de toda la obra. En él descubrimos la obra de lo simbólico en los sacramentos y en la vida litúrgica de la Iglesia, en el imaginario simbólico que sobre la trascendencia ha construido y construye la tradición católica y, por último, el imaginario simbólico sobre la «vida después de la vida». Una crítica serena y propositiva nos lanza a una obra de re-simbolización, una crítica que nace de la queja ante las insuficiencias de la religión institucional tradicional o progresista y el vaciamiento simbólico de que ambas padecen.

La presente obra concluye invitando en su último capítulo a todos los espíritus creativos a ser protagonistas de un «giro simbólico». No esperar a que se den cambios globales, sino ir tejiendo la experiencia cotidiana de fe a través del símbolo musical, corporal, racional, místico, gestual, metafórico y poético. No olvida el autor la capacidad implicativa y vital que tiene el símbolo y, por ello, la necesidad de encontrar las mediaciones simbólicas adecuadas, tanto en la vida sacramental como en la liturgia y en la misma teología.

La confianza y la gran esperanza ante un «giro» de tamaña envergadura radica en el mismo hombre, que es hoy y siempre «un creador de símbolos, abeja de lo Invisible».

Enrique Rodríguez Gutiérrez

GONZÁLEZ BUELTA, Benjamín, *Orar en un mundo roto. Tiempo de transfiguración,* Sal Terrae, Santander 2002, 240 pp.

En estas páginas el padre Benjamín González Buelta nos sorprende nuevamente con su lenguaje llano, sencillo, dotado de ternura y poesía y al mismo tiempo cargado de coraje, denuncia y desafío. Es la voz de alguien que no quiere conformarse con el grito contenido o el conformismo ante esa realidad humana que, en principio, parece devorarnos entre las fauces de un neo-liberalismo insaciable.

El libro hace un llamado a nuestra conciencia, pero no para emitir un juicio condenatorio a nuestra indiferencia ante la situación de injusticia y miseria en que viven millones de hermanos y hermanas nuestros, tanto aquí (norte) como especialmente allá (sur), sino para que nos sintamos llamados a la acción.

El autor nos señala un camino diferente, firmemente asentado en

la esperanza de una vida cristiana basada en la solidaridad del amor y el compromiso. Nos invita a orar en un mundo roto y a no vivirlo desde el desaliento, sino más bien siendo artífices de su reconstrucción, por medio de una vida de ascesis, oración, compromiso y acción, tanto a nivel personal como comunitario y con la guía de Dios.

La lectura de este libro toca nuestro corazón y nos abre nuevos horizontes en la búsqueda de un mundo según el deseo de Dios.

Melvin Arias, SJ

VENDRAME, Calisto, *Los enfermos en la Biblia,* San Pablo, Madrid 2002, 238 pp.

El autor de esta obra, el P. Calisto Vendrame, ha sido Superior General de la Orden de los Ministros de los Enfermos (Religiosos Camilos). Es Licenciado en Sagrada Escritura por el Pontificio Instituto Bíblico de Roma y Doctor en Letras por la Universidad de São Paulo de Brasil. Asimismo, es autor de varios libros y ha coordinado el *Diccionário interdisciplinar da Pastoral da Saúde* (São Paulo 1999). También ha escrito numerosos artículos en revistas especializadas relacionados con la Biblia y la Pastoral sanitaria.

Tal y como afirma el P. Arnaldo Pangrazzi, Subdirector del Instituto *Camillianum* de Roma (Instituto Internacional de Teología Pastoral Sanitaria) y prologuista de este libro, el autor, siguiendo las huellas de una larga tradición camiliana, ofrece al lector un viaje al mundo de los enfermos desde la perspectiva bíblica. Dicho itinerario lo va haciendo sustentado en una idea motriz que recorre todo su libro: el anuncio de un Padre misericordioso que, por medio de la acción de su hijo Jesús, ofrece al hombre el don de la curación, la sanación y la salvación integral. Unido a esta idea, cabe decir que el tema de los enfermos, junto con los de la salud, la vida, el sufrimiento y la muerte, se enmarca dentro de la acción salvífica de Dios sobre el hombre y de la tarea testimonial de la Iglesia en el mundo. Por ello, Calisto Vendrame plantea su libro como una contribución sistemática a la reflexión crítica y teológica de esta doble misión de Dios y de la Iglesia, tanto para todos los hombres como para el hombre en su dimensión global.

Este libro es fruto de diez años de enseñanza en el *Camillianum* de Roma y en los cursos de Biblia y Salud del postgrado de Bioética y Pastoral de la Salud que imparte el Centro Universitário «São Camilo» de São Paulo (Brasil). El objetivo principal del mismo, tal como lo resume el propio autor, es ayudar a los profesionales de la salud y a los agentes de pastoral a captar la esencia del mensaje bíblico a propósito de este tema, a la luz de la exégesis y la hermenéutica actuales, así como profundizar en algunas cuestiones que hoy día tienen un papel

eclesialmente esencial en el campo de la pastoral de la salud.

El libro consta de dos partes. La primera se dedica al mundo de los enfermos en el Antiguo Testamento, y la segunda se propone el mismo fin, pero desde la visión neotestamentaria. La primera parte consta de cuatro apartados, en los que se articulan temas como: enfermos mencionados en el AT, enfermedades y dolencias más comunes, la interpretación teológica de algunas enfermedades según el principio de retribución divina, la articulación de la bondad divina con el sufrimiento del inocente, el cuidado de los enfermos y la visión pastoral de todos estos temas. En la segunda parte, estructurada en diez apartados, el P. Vendrame recoge diferentes pasajes del NT relativos a enfermos (relatos de curación e historicidad de los milagros) y reflexiona sobre el porqué y el cómo de las curaciones de Jesús. Dedica también unos epígrafes al tema de la espiritualidad del hombre sufriente, a la mediación ascendente o descendente del sufrimiento cristiano, al paso de la angustia a la esperanza a través de la resurrección personal y final, y a esbozar unas breves consideraciones sobre la visión y el compromiso histórico de la Iglesia hacia el mundo de los enfermos.

Concluimos, pues, afirmando y defendiendo la validez y la utilidad de esta obra, no sólo por su talante humanizador en el campo de la salud y la atención pastoral sanitaria, sino también por la valiosa reflexión teológica y catequética que se desprende de cada uno de los temas que el autor va desarrollando a lo largo de su libro.

José García Férez

QUINZÁ, Xavier, *Signos de Dios en lo cotidiano,* Frontera Hegian, Instituto Teológico de Vida Religiosa, Vitoria 2003, 98 pp.

¿Cómo descubrir los signos de la presencia de Dios en medio de la vida cotidiana? ¿Cómo explorar las «teofanías» que se nos ofrecen en el aquí y ahora, en medio de lo confuso, parcial y fragmentario de la historia y del momento que estamos viviendo? Éstas son algunas de las preguntas a las que Xavier Quinzá quiere responder a lo largo de estas sugerentes páginas. Uno de sus apartados está dedicado a *«reformular la salvación en un nuevo lenguaje»,* y podemos afirmar que es un objetivo conseguido, a pesar de la dificultad de encontrar palabras nuevas para expresar experiencias que llevan detrás tanta búsqueda y tanto escrito. Estos son algunos de esos «logros expresivos» que nos ofrece este cuaderno y que van acompañados de pistas concretas para adentrarnos en ellos: los acontecimientos «nos están haciendo guiños y nos susurran algún sentido íntimo»; podemos generar «tácticas de lectura de esos signos» e «indagar el pálpito de lo que se avecina»; necesitamos «cautelas para referirlos a Dios», estar «con las antenas

muy abiertas, buscar por dónde, rastrear los signos de novedad», aprender una «gramática sapiencial del día a día», para descifrar y saborear la oportunidad de gracia que nos ofrece lo cotidiano y «sus muchos barrios».

Dios no es «un extraño en nuestra casa», sino un Dios «de la proximidad y la gratuidad», un «Dios en nuestra casa», y eso hace de ella «un ámbito sagrado para rehacer las relaciones entre lo íntimo y lo público de la experiencia profana de Dios». El entramado de nuestra vida cotidiana es como «la urdimbre de un tapiz», en el que dos hilos cruzados, el horizontal y el vertical, permiten a la materia expresarse y formar el misterio de una obra de arte, y vivir es «tejer ese gran tapiz».

Este breve cuaderno nos anima a convertirnos en aprendices de tejedores.

Dolores Aleixandre

MENÉNDEZ MARTÍNEZ, Valentín, *La misión de la Iglesia. Un estudio sobre el debate teológico y eclesial en América Latina (1955-1992) con atención al aporte de algunos teólogos de la Compañía de Jesús,* Editrice Pontificia Università Gregoriana, Roma, 2002, 340 pp.

Se trata de la tesis doctoral de Valentín Menéndez, en la que hace un aporte significativo al pensamiento eclesial de la Iglesia en América Latina y, sobre todo, al estudio de la misión desarrollada allí entre 1955 y 1992.

Menéndez basa su estudio en su propia experiencia y en la de reconocidos autores de la talla de Juan Luis Segundo, Ignacio Ellacuría, Juan Carlos Scannone, Marcelo de Carvalho Azevedo, Enrique Dussel, Pablo Richard, Gustavo Gutiérrez, Andrés Tornos y Juan Bautista Libânio, entre otros. Además, se sirve de documentos del Concilio Vaticano II (GS y LG) y los de las cuatro conferencias celebradas en América Latina, desde la de Río de Janeiro (1955), pasando por las de Medellín (1968) y Puebla (1979), hasta la de Santo Domingo (1992).

El autor muestra en profundidad las peripecias del proceso (fases), los avances (aportes) y retrocesos (críticas) de estas conferencias en lo referido a la misión de la Iglesia en América Latina y al vínculo con la Iglesia Universal, en particular en referencia a los aportes hechos por el Concilio Vaticano II.

Así lo expresa Menéndez en la conclusión final sobre la Conferencia de Santo Domingo: *«Esta Asamblea de Santo Domingo ofrece una descripción de la Iglesia de final de siglo que integra los grandes aportes de las Reuniones Plenarias de Río, Medellín y Puebla, mantiene su identidad propia y expresa un crecimiento en madurez que no sólo se expresa en su apertura a la misión universal ad extra, sino también en la forma en que ha vivido las dificultades experimenta-*

das en todo el proceso de la Conferencia de Santo Domingo».

La segunda parte de la obra nos introduce en el estudio de los aportes de cuatro teólogos jesuitas a la misión de la Iglesia en América Latina.

La obra de Juan Luis Segundo, uno de los fundadores de la llamada «teología de la liberación», ayuda a profundizar algunos aspectos teológicos fundamentales del Concilio Vaticano II en relación con temas tan importantes como la universalidad de la Salvación y el descubrimiento de la historia como lugar teológico en el que el hombre encuentra a Dios y su salvación. También insiste en la Iglesia como minoría o fermento y en el trabajo con las Comunidades Eclesiales de Base, tan influyentes en América Latina.

Ignacio Ellacuría, siguiendo la línea del Vaticano II y Medellín, desarrolla la realidad teológica del pecado desde su dimensión estructural. Profundiza también en el término *liberación,* dentro del contexto de injusticia y pobreza de América Latina.

Juan Carlos Scannone centra la misión de la Iglesia latinoamericana en la Evangelización de la Cultura e investiga las causas por las cuales esta cultura, marcada por hondos valores cristianos, no ha logrado plasmarse en estructuras justas.

Marcello de Carvalho Azevedo, en la línea de Scannone, desarrolla la relación entre cultura y liberación, haciendo ver a qué nivel profundo tiene que llegar la evangelización para poder ser de verdad una evangelización inculturada.

Los cuatro autores coinciden en señalar la importancia de la opción preferencial por los pobres en la misión de la Iglesia latinoamericana, opción que ha quedado clara en las Conferencias de nuestro episcopado.

En conclusión, recomendamos la lectura reposada y atenta de esta obra, que evidencia un estudio realizado con paciencia, cuidado y precisión, donde críticas y afirmaciones encuentran el necesario equilibrio, evitando así posiciones extremas.

Melvin Arias, SJ

EVDOKIMOV, Paul, *Las edades de la vida espiritual. De los padres del desierto a nuestros días,* Sígueme, Salamanca 2003, 254 pp.

Desde la espiritualidad ortodoxa nos llega una aportación necesaria a la búsqueda de los hombres y mujeres de hoy. Un libro jugoso de Evdokimov, que, rodeado por los Padres, la Filocalía y los ermitaños del monte Athos, nos conduce, como buen mistagogo, al ámbito del deseo y del encuentro *con Aquel que ama nuestra alma.* Un viaje al más profundo centro.

El autor señala todo aquello que hace creer en nuestro mundo que podemos vivir sin Dios, para desvelarnos que lo que nos hace plenamente humanos es la acción del

Espíritu que va tejiendo pacientemente la vida. El tema central es la experiencia espiritual y transformadora en el cristianismo de hoy, la invitación a *crucificar y resucitar el deseo, para que pueda convertirse en «ternura ontológica».* Una vida espiritual que ilumine a la persona en su totalidad, en su cuerpo y en su medio ambiente. La pregunta guía del libro podría ser: ¿cómo transformar nuestras pasiones idólatras en pasión por Dios y por el prójimo?

Tres son los temas que aparecen entrelazados: 1) Un intento de respuesta al ateísmo moderno, o más bien a la indiferencia, a través de algunos padres griegos y de los filósofos religiosos rusos. 2) Una concepción del pecado y de la salvación a la luz de la tradición ascética oriental, que entiende el pecado como una soledad infernal, una realidad que separa y aísla; y la salvación de Cristo como *un nuevo modo de existencia que permite a las energías divinas penetrar todo el ser de la persona,* apareciendo así como hombres y mujeres *en vías de curación,* que pueden acoger sin juzgar. 3) La tercera parte es un esbozo de método espiritual, una ascesis a la vez tradicional y para nuestro tiempo.

El libro invita a la práctica de un *monacato interiorizado,* a la disciplina de la calma y del silencio, a la necesidad de reinventar, pacificar y profundizar la vida para que la figura del mundo se vaya convirtiendo poco a poco en icono del Reino. Para ello Evdokimov nos presenta el universo como una inmensa catedral donde de todo lo humano podemos hacer ofrenda, canto y doxología. *Ser amantes de toda la creación de Dios para descifrar en todo el sentido de Dios (...) y poder escuchar, en el corazón de todos los ruidos del mundo, la presencia de los otros.* ¡Y esto nos hace muchísima falta!

Mariola López

PRONZATO, Alessandro, *Tras las huellas del Samaritano. Peregrinación al santuario del hombre,* Sal Terrae, Santander 2003, 124 pp.

Una parábola sobre la que se ha escrito mucho, pero que ella misma lo dice todo. Jesús aprovecha una gran pregunta para dar una gran respuesta a toda la humanidad, y Pronzato pretende con este libro que aquellas palabras, siempre actuales, interpreten nuestra realidad cotidiana. La profundidad de esta parábola no está en un conocimiento que se cierre sobre sí mismo, sino en aquella sabiduría que se abre a la vida.

Los protagonistas nos dan las distintas claves para interpretar las actitudes que se dan ante lo inesperado. En un camino temido, pero vigilado por Dios, el samaritano irrumpe exigiendo el amor del otro, del que pasa cerca. El autor de este libro quiere hacer surgir en todas las personas que lean su libro la

convicción de que «no soy yo quien elijo a mi prójimo, sino que es el prójimo quien, en última instancia, me elige a mí». De tal modo que la parábola deja de ser una cuestión teórica y permite traslucir toda su dimensión práctica: «Vete y haz tú lo mismo».

Ante esta apremiante llamada, que no esperábamos, Pronzato dibuja las distintas respuestas posibles. Desde aquella persona que tiene sólidas razones para no detener su marcha diaria, hasta quien, interpelado por el problema del otro, descubre que el otro reclama su amor y se lo exige como quien tiene derecho a él. Los que no soportan los imprevistos y los que valoran su tiempo desde la libertad. La diferencia se establece en el modo de mirar, en la sensibilidad: mirar centrado en sí mismo, con un horizonte donde la seguridad sea el primer valor, o mirar con una perspectiva abierta, en la que tenga cabida lo que parece que nadie quiere percibir.

«Amar» parece ser la única palabra que se puede decir. Pronzato añade la perspectiva de quien recibe amor. El samaritano, del que poco se dice, recibe amor de una persona de la que poca cercanía se podía esperar en un principio, pero que desborda cualquier expectativa. Empezar por recibir es empezar por descubrir, tanto en relación con Dios como en relación con los demás. Ésta es una parábola donde se hace presente Dios de modo inesperado en la importunidad del que sufre. De tal modo que conocer a Cristo sólo tiene lugar conociendo al hombre, donde «conocer» sigue siendo lo mismo que «amar».

Acaba el libro con una pequeña referencia a la vida de don Olinto Marella y señalando dos lugares insólitos donde encontrar al prójimo que tanto ansiamos: dentro de uno mismo y en la propia familia, es decir, en las cosas «de nada» que ocurren continuamente.

Un libro escrito con sencillez, pero directo en cuestiones cruciales para el cristiano, se hace eco del principal tesoro de estas palabras: despertar una experiencia que todos tienen, la necesidad de amar y dejarse amar.

José Fernando Juan

HANNAN, Peter, *Tú me sondeas. Un viaje hacia la realización humana,* Narcea, Madrid 2003, 158 pp.

La lectura de este libro nos dispone a iniciar un viaje hacia lo más interior de nosotros mismos, a un encuentro personal que nos ayude a conocernos mejor, en nuestras capacidades y limitaciones, y desde ese mejor conocimiento sacar el mayor provecho de nuestra persona en las relaciones interpersonales, en el encuentro con el mundo.

La estructura del libro, en cada uno de sus capítulos, consta de dos partes: en la primera parte del capítulo, partiendo de una breve historia, el autor nos expone la intención de dicho capítulo, esa parte de

nuestro yo en la que quiere centrarse, y acaba con un ejercicio práctico que supone un reto al lector: si de verdad quiere sacar fruto de la lectura, ha de realizarlo para que ese viaje interior sea verdaderamente fructífero.

Parte de la convicción de que vivimos dominados por nuestros sentidos, sentimientos, intuiciones y convicciones, y nuestro crecimiento personal pasa por un conocimiento mayor de cada uno de ellos, y ello hará que nuestra forma de relacionarnos cambie y sea más profunda y verdadera tanto para nosotros como para la gente que entre en contacto con nosotros.

En ese viaje interior, el autor tiene el convencimiento de que se producirá el encuentro verdadero con el Padre, con el Dios que habita en el hombre, y que refleja en el título de la obra. Al igual que Dios sondea y conoce a la persona en lo profundo de su corazón, este viaje que propone al interior de cada uno ayudará a la persona a conocerse como Dios la conoce, y ése es el camino para alcanzar la plenitud y madurez humana.

Benigno Álvarez

JELLOUSCHEK, Hans, *El amor y sus reglas de juego. Las crisis en la relación de pareja como oportunidad de crecimiento,* Sal Terrae, Santander 2003, 192 pp.

Ofrecer pautas de comportamiento, sugerencias y ciertas «reglas» con las que facilitar la convivencia de la pareja, una vez desaparecida la fase del enamoramiento, es el ambicioso objetivo que se ha marcado el autor de este libro pastoral de estilo directo y claro.

Hans Jellouschek, quien ha dedicado gran parte de su vida al trabajo terapéutico con parejas y a la formación de terapeutas y consejeros matrimoniales, hace un recorrido por las situaciones más frecuentes que viven los casados, para, a partir de ellas, tratar de poner al lector sobre la pista de posibles soluciones a esos conflictos cotidianos.

La mayoría de los capítulos comienzan con un ejemplo concreto que le sirve como punto de partida para la reflexión y para sacar sus conclusiones (formuladas de modo sintético y práctico en cuadros de carácter pedagógico). Es innegable que el hecho de que sea la experiencia la que marque la elección de los temas y la estructura de los capítulos es un punto a su favor, tratándose de una obra pensada para un lector no especializado, sino simplemente interesado por aprender a enfrentarse a los problemas habituales que viven las parejas hoy en día. En este sentido, puede ser de utilidad tanto para matrimonios que vean reflejada su vivencia como para acompañantes o personas cercanas que se encuentren en la tesitura de tener que aconsejar o ayudar a parejas en situaciones de este tipo. Sin embargo, y dado que se trata de una obra de divulgación dirigida a un gran público, no me parece adecuada la bibliografía

recogida al final de cada capítulo, toda ella íntegramente en alemán (un idioma no precisamente popular ni generalizado en nuestro ámbito español).

Diferencias entre el hombre y la mujer, dificultad para acoger los fallos y las deficiencias del otro, el deseo de control, la infidelidad, la sexualidad... son algunos de los temas que el autor aborda «sin complejos» y con naturalidad. Especialmente revelador es el capítulo dedicado a las separaciones matrimoniales, un hecho que necesariamente se debe afrontar como clave cuando se aborda el tema de la familia, por tratarse de una realidad cada vez más habitual. Según las cifras que Jellouschek maneja, uno de cada tres matrimonios se separa o se divorcia en el mundo occidental, aunque en las grandes ciudades estos datos se elevan, afectando a la mitad de las uniones. Pero la peculiaridad de este apartado estriba en que, en este caso, el autor no se limita a presentar un caso hipotético o «típico», sino que arranca de su propia experiencia de dolor y culpabilidad de hombre separado.

Ya que vivimos un momento de cierto enaltecimiento de la experiencia personal creo que hay que tener en cuenta que es necesario aprender constantemente a situarse ante ella. Porque, siendo innegable que la comunicación de lo personal y de lo concreto favorece la cercanía entre lector y autor, también es importante valorarlo en su justa medida para evitar una excesiva identificación en la intercomunicación que favorecería el tomar las pistas que se dan como si sólo ésas fueran las posibilidades que existen ante los problemas que se contemplan (de hecho, algunas de las propuestas que presenta son discutibles o, al menos, matizables). Creo que éste es el peligro de este tipo de obras, cuyo valor es fundamentalmente orientativo.

No quisiera dejar con ello una impresión negativa sobre este texto, que, leído con tranquilidad y sin grandes pretensiones, puede resultar clarificador y sugerente.

Mª Dolores L. Guzmán

TRECHERA, José Luis, *Trabajar en Equipo: Talento y Talante. Técnicas de dinámica de grupos,* Desclée de Brouwer, Bilbao 2003. 256 pp.

Desde que el Instituto NTL de Washington publicó en 1969 sus célebres carpetas de «Ejercicios» para monitores de grupos, han venido sucediéndose los intentos, en distintos países y lenguas, por proporcionar ayuda a aquellos que desean hacerse más hábiles en el arte de trabajar, dirigir o, sencillamente, participar en grupos de todo tipo. Se puede decir que, a partir de la irrupción de NTL en el panorama educativo mundial, ha sido universalmente aceptado que determinados conocimientos y habilidades requieren poner en movimiento una

nueva forma de aprender. No se trata de la «educación activa», sino de una «educación sensibilizadora».

Por eso, en este momento, un moderador de grupos suele saber bien qué puede hacer y qué maneras tiene de intervenir cuando realiza su trabajo. Sin embargo, pocos saben todavía hoy en qué orden hacer las cosas. O, si se quiere, qué hacer después de qué. Pocos son capaces de explicar por qué hacen lo que hacen, quizá porque carecen de aquello que Kurt Lewin consideraba lo primordial para ser una persona eficaz, cuando decía que «lo más práctico es una buena teoría».

El libro de José Luis Trechera logra superar la categoría de «centón de ejercicios de sensibilización» a que estamos acostumbrados. Y lo logra a través de la organización de los materiales y a través de la dosificación de teoría y práctica. Ya en su definición de grupo, propone un plan para toda la obra: va a ir recorriendo los diferentes elementos que constituyen un grupo, insistiendo más en aquellos que tienen mayor implicación para el mundo del trabajo. Luego, cada capítulo irá desarrollando las actividades capaces de provocar en los sujetos participantes una sensibilización más o menos profunda, según convenga, a los diferentes aspectos expuestos.

Los ejercicios propuestos tienen el ingenio necesario para motivar la participación y siempre van precedidos por observaciones tan acertadas como el Objetivo que pretenden, el Procedimiento detallado, y los Materiales que requieren. En general, se trata de ejercicios estructurados, verbales, e instrumentados: es natural, dado que el libro emplea el término «dinámica de grupos» en su sentido más cercano al aprendizaje y, por tanto, menos clínico, y eso elimina como instrumentos adecuados a los no verbales y excesivamente desestructurados.

El lector de este libro va a toparse con algunos de los ejercicios clásicos. Pero casi nunca carecerá de la referencia oportuna que dé cuenta de su origen, de forma que el conjunto adquiere ese tono de seriedad que tantas veces añoramos en publicaciones que se dicen muy prácticas y que quizá son, sencillamente, poco rigurosas.

Auguramos a este libro no poco éxito. Profesionales de la Empresa, la Iglesia o la Educación van a encontrar en él un pozo sin fondo de propuestas interesantes y poco amenazadoras. Es verdad que quienes busquen materiales más relacionados con el crecimiento personal pueden ver que crece en ellos el deseo de un paso ulterior, que aquí no encuentran. El autor no tenía entre sus propósitos satisfacer esta necesidad suya. Deberán esperar una segunda entrega.

Luis López-Yarto Elizalde

MERTON, Thomas, *Nuevas semillas de contemplación,* Sal Terrae, Santander 2002, 302 pp.

Tanto para los que ya habían leído *«Semillas de contemplación»,* una de las obras más leídas de Thomas Merton, como para los que no, la editorial Sal Terrae nos da la posibilidad de volver sobre ella con esta nueva edición, que presenta una versión ampliada y revisada.

Con esta obra el autor intenta despertar la conciencia de la presencia misteriosa y callada, pero muy real, de Dios en el fondo de nuestro ser. Para alcanzar este grado de conciencia no servirán ni conceptos ni teorías sobre Dios, sino sólo la contemplación que es la propia experiencia de Dios en nosotros.

Para Merton la vida contemplativa no puede significar una visión del mundo ni una forma de buscar la divinidad por caminos ajenos al mundo: «cada momento y cada acontecimiento de la vida de todas y cada una de las personas sobre la tierra siembra algo en su alma. Pues del mismo modo que el viento lleva miles de semillas aladas, así también cada momento lleva consigo semillas de vitalidad espiritual que se posan imperceptiblemente en las mentes y voluntades de los seres humanos». Pero, de igual manera, la contemplación no significa vivir para las cosas, convirtiendo a Dios en una cosa más. Dios no es respuesta al qué, sino al quién.

Una vez que se ha captado en qué consiste la contemplación, se pueden entender muy bien los restantes capítulos, donde se comentan muchas facetas de la vida espiritual de cualquier persona, como la pobreza, el misterio de Cristo, la oración mental, el amor puro, tradición y revolución, integridad, etc. Todos ellos son expuestos desde una visión profunda y muy realista.

En definitiva, una obra que merece la pena ser leída, porque, a diferencia de otros autores clásicos que al hablar de espiritualidad lo hacen con un lenguaje que nos resulta lejano, Merton, que en muchos aspectos nos recuerda a San Agustín en su incansable búsqueda de Dios, tiene una espiritualidad muy cercana a los problemas de hoy.

Juan Pedro Alcaraz